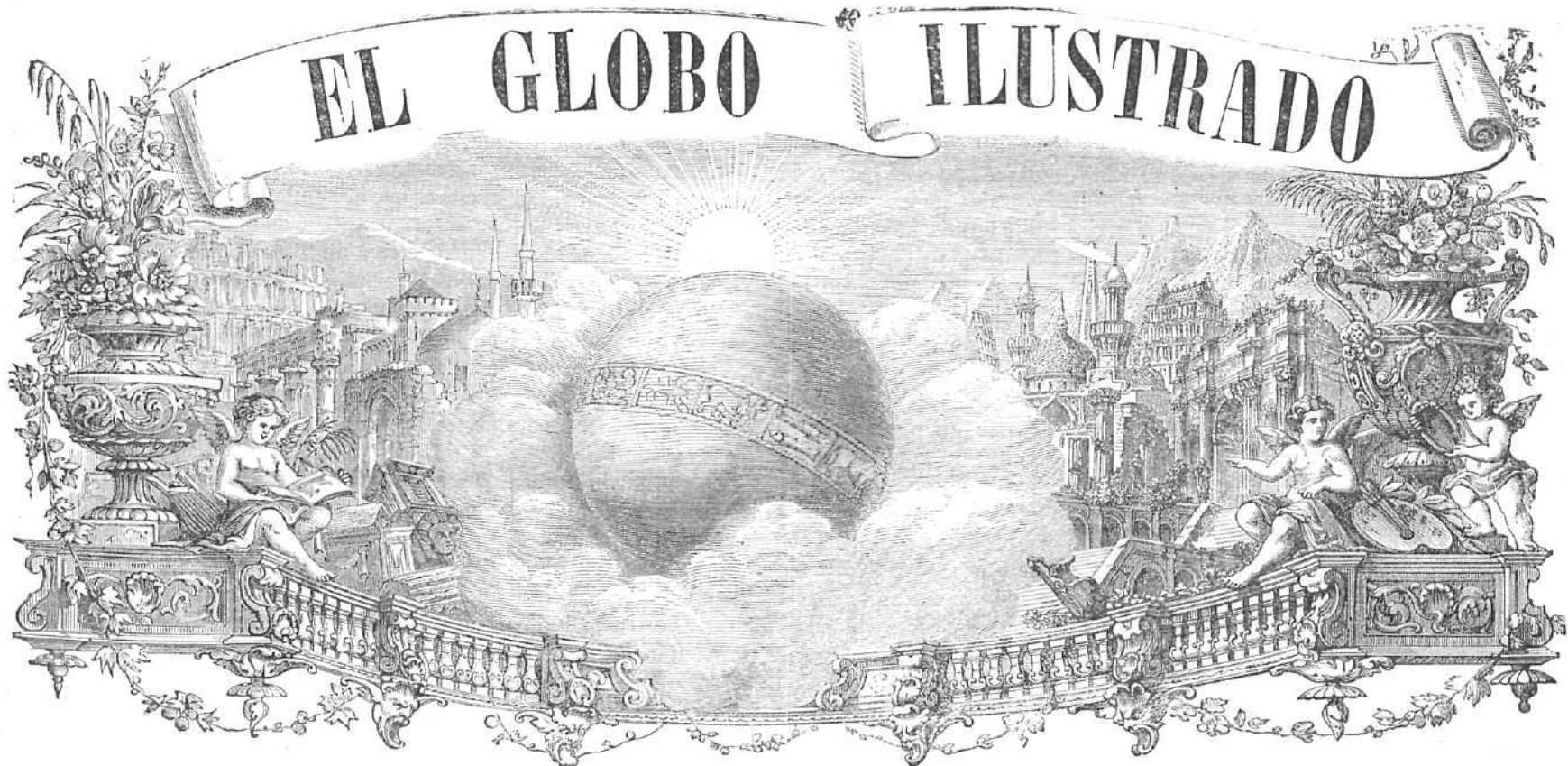




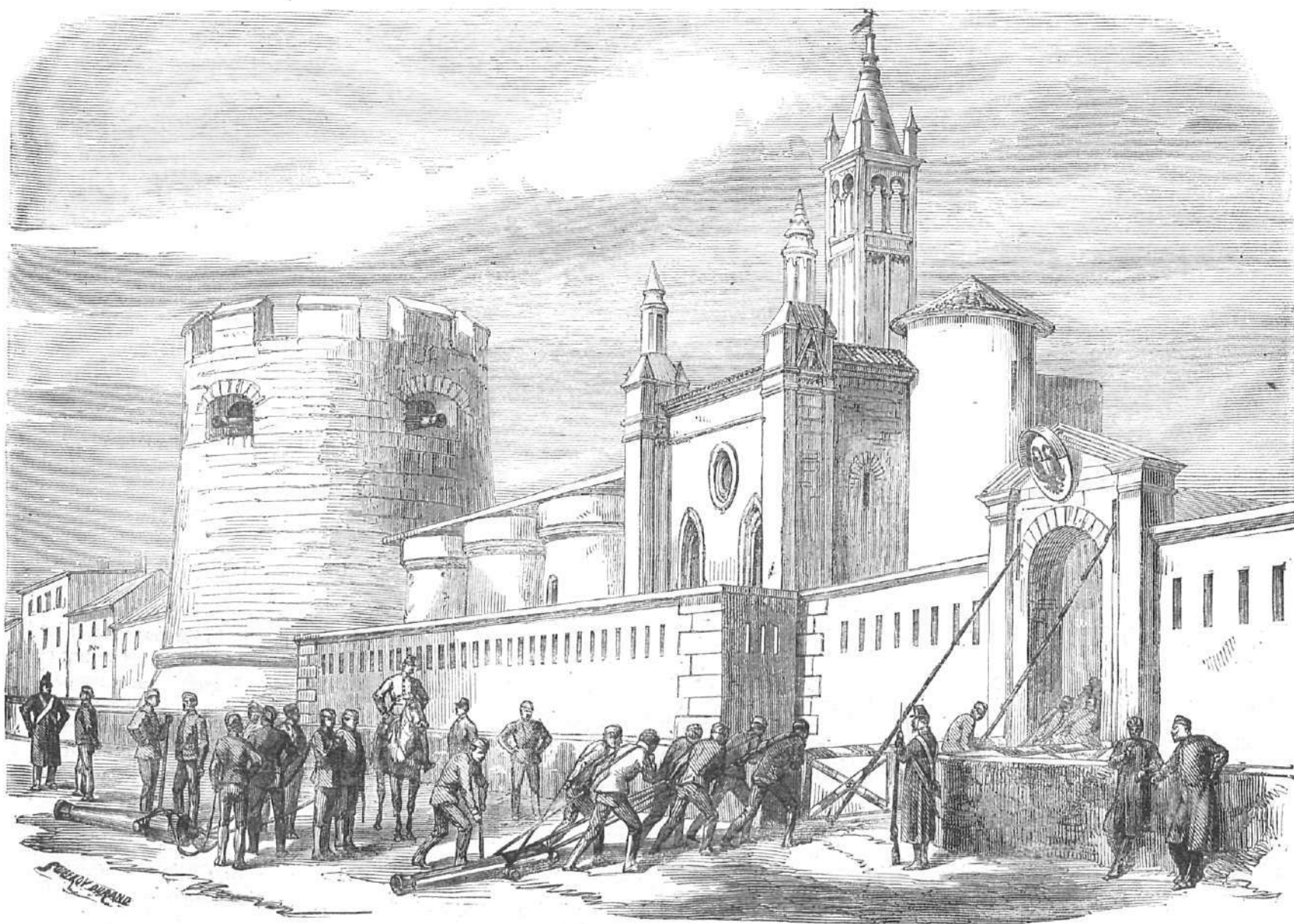
NUMERO 3.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del Banco INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la órden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



A LOS SUSCRITORES.

En una nota al final del sumario del número 1.º indicamos que, por causas ajenas á nuestra voluntad, se había retrasado la publicación de dicho número, lo que haría que algunos artículos y grabados no tuvieran todo el interés de actualidad que debían tener; este mismo inconveniente se nota en el número 2.º y se notará en todos, si no se adopta alguna medida para corregirlo: la que vamos á poner en práctica, es muy sencilla, pues se reduce á repartir cuatro números, en lugar de dos, en el mes de agosto, con lo cual ganamos el espacio de tiempo perdido y nos ponemos al nivel de la publicación francesa que nos sirve de base. Para que no ofrezca duda ni confusión esta medida á los suscritores, debe tenerse presente, que siendo 24 los números de EL GLOBO que corresponden á cada año, contando el tiempo por números, el resultado es el mismo; así pues con el número 4.º quedan cubiertas las suscripciones de dos meses, con el 6.º las de tres, con el 12 las de seis y con el 24 las de un año; esto es de suyo tan claro, que nos parece inútil dar mas esplicaciones.

SUMARIO DEL NUM. 3.

ARTICULOS. Un abanico en viaje, por don FERNANDO MELLADO.—Anécdota histórica sobre la antigüedad de las mesas giratorias, por don SALVADOR COSTANZO.—Combate entre una chata paraguaya y la flota del Brasil, por C. E.—Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEO. (Continuación).—Exposición de Bellas Artes en París, por C. INARTE.—El matrimonio en los tiempos antiguos, é influencia del Cristianismo y Germanismo en esta institución, por don LUIS MIRALLÉS.—Fiestas de Strasburgo, por B. B.—Explosion de Belleville, por M. V.—El coronel Stodare, por E. BARRERAS.—Una lección por compromiso, por don DIONISIO CHARLIE.—El caballo Ceylon, por V. M.

GRABADOS. Número 1. Página 33. Representa la fortaleza de Mantua en Italia.—El arsenal construido por los austriacos sobre los restos de la iglesia de San Francisco de Paula.

Número 2. Pág. 36. Representa la flota brasileña atacada por una chata paraguaya, que mató 34 personas á bordo del *Tamondaré*, sobre cuyo asunto damos un artículo bajo el título de *Combate entre una chata paraguaya y la flota del Brasil*.

Número 3. Pág. 36. Representa la última línea de fortificaciones y fosos en las cercanías de Plasencia, en Italia, ocupados por el servicio de trasportes.

Número 4. Pág. 37. Representa el acto en que el rey de Prusia pasa, en Tempelhofen-Feld en Berlin, la revista de los regimientos antes de su partida, el 24 de mayo último.

Número 5. Pág. 40. Representa la distribución solemne de los premios de la Exposición agrícola é industrial, bajo la presidencia del gobernador, en Saigon (Cochinchina), el 24 de marzo de 1866.

Número 6. Pág. 41. Representa una casa de fieras, cuadro que ha presentado en la Exposición de Bellas Artes en París, M. Megerheim, de Berlin. Véase el artículo titulado: *Exposición de Bellas Artes en París*.

Número 7. Pág. 44. Representa las excavaciones en Pompeya. Cuadro de M. Sain presentado en la Exposición de Bellas Artes. Véase también el artículo: *Exposición de Bellas Artes*.

Número 8. Pág. 44. Representa la Plaza de los Caballos en Plasencia (Italia), ocupada por un destacamento.

Número 9. Pág. 45. Representa la gran fiesta dada en Strasburgo (Francia), en ocasión del concurso regional. Véase el artículo titulado: *Fiesta de Strasburg*.

Número 10. Pág. 45. Representa el enterramiento de las víctimas causadas por el siniestro de la Villette (Francia), y el acto de bendecir los féretros. Véase el artículo titulado: *Explosion de Belleville*.

Número 11. Pág. 48. Representa al coronel Stodare, prestidigitador indés en su teatro *Egyptian Hall* (Inglaterra) ejecutando la suerte de la canasta india. Véase el artículo titulado: *El coronel Stodare*.

Número 12. Pág. 48. Representa el caballo inglés Ceylon, que ha ganado el gran premio de la ciudad de París en las carreras de Bolonia. Véase el artículo titulado: *El caballo Ceylon*.

Número 13. Pág. 48. Representa la entrada al pasaje del caballo Ceylon, aclamado por los ingleses y los miembros del Jockey-Club.

EL GLOBO ILUSTRADO.

UN ABANICO EN VIAJE.

Hará próximamente dos meses que yo emprendí un viaje al vecino imperio. Aun el calor no se había dejado sentir, y por lo tanto los viajeros éramos pocos. Me coloqué en un coche, y en el mismo entraron dos ingleses que quedaron en el Escorial, y unos recién casados que me acompañaron hasta Valladolid, donde iban á pasar la luna de miel. Los ingleses viajando, son una especie de estatuas impenetrables, y los recién casados son dos espíritus que, entregados el uno al otro,

prescinden por completo de lo que les rodea. No creo, pues, aventurar mucho, asegurando que me encontré en el wagon completamente solo. Me dediqué, pues, á leer y á contemplar los preciosos paisajes que recorría, llegando así á Valladolid, donde mis afortunados compañeros me dejaron.

Dueño absoluto del campo, me acomodé lo mejor que pude, con objeto de pasar una buena noche; pero no bien empezaba á quedarme dormido, cuando un suspiro me despertó sobresaltado: miré á todas partes y nada ví;—soñaría tal vez con los recién casados,—esclamé, y volví á echarme. Un segundo suspiro volvió á inquietarme, pero también fueron inútiles mis pesquisas; nadie había en el coche, y los suspiros debían ser hijos de mi imaginación, hasta que, un tercero, mas fuerte y prolongado que los anteriores, me inspiró fuerte alarma, y resolví averiguar la causa que motivaba aquel fenómeno. Empecé á registrar el coche con particular cuidado, pues no me cabía duda que los suspiros eran verdaderos, y que los daban en mi mismo departamento. Desesperaba ya de conseguir mi objeto, pues nada, absolutamente nada había en el coche mas que mi persona, cuando ví en un rincón, y casi oculto, un precioso y antiguo abanico. Estaba en el sitio de la recién casada, y sin duda pertenecía á ella. Mi admiración creció de punto; indudablemente los suspiros provenían del abanico; pero, suspirar un abanico en el siglo XIX, era una cosa verdaderamente terrible. Resuelto, sin embargo, á seguir adelante en mi empresa, cogí el abanico, lo acaricié dulcemente, y me encontré que era de nácar, grande y de forma antiquísima, y el país [de cabritilla] primorosamente pintado á mano. Despues de examinado iba á dejarlo en su sitio, cuando oí que el abanico me decía:

—Gracias, caballero; me habeis hecho mucho bien.

—Mi espanto llegó á su colmo. ¡¡¡Un abanico que habla!!! Aquello era sobrenatural, y yo, sin embargo, no podía huir. ¿Quién se baja de un tren que marcha á gran velocidad?

Respondí con palabras entrecortadas al cumplido que acababan de dirigirme, y coloqué á mi extraño compañero junto á mí.

Así seguimos algun tiempo, hasta que me preguntó:

—¿Viajais por gusto?

—No, por necesidad, le contesté; ¿y vos?

—Yo, por fatalidad; la materia me domina, y aunque sé que soy, porque existo, nunca sé lo que seré.

Esta contestación me olió á filosofía alemana, y como soy muy mal discípulo de Krause, varié de conversacion, diciéndole:

—¿Teneis muchos años?

—Bastantes: en esta forma cuento un siglo; pero mis componentes pierden su origen en la noche de los tiempos.

—¿Sabreis mucho?

—Jóven, relativamente á vos, que empezais á vivir, sé algo; pero nunca se sabe lo bastante: se pasa la vida estudiando, y, sin embargo, desaparece uno sin saber la mitad de lo que debiera.

Ya me iba cargando el tono doctoral de mi compañero, é iba á enviarle á paseo, cuando se me ocurrió que podría distraerme contándole alguna rara aventura, y en tal concepto le dije:

—Pues que sois tan instruido, contadme alguna historia que nos haga pasar el rato entretenidos.

—Voy á complaceros. Os hablaré de los abanicos en general, os haré comprender las excelencias de ellos, y os probaré que no somos un chisme inútil, sino una necesidad social para la mujer.

Y empezó su relato diciendo:

—Hacia fines del reinado de Felipe III, se introdujeron en España los abanicos. Se usaban en aquellos tiempos unos cuellos afollados, lechuga-

dos ó *abanillos*, y este último nombre fué el que se dió á los nuevos intérpretes del lenguaje de la mujer, que, con pretesto de darla aire, vinieron á darla ayuda para sus galanteos é intrigas. Escuso añadir que el nombre de *abanillo* fué degenerando hasta convertirse en el de *abanicos* que hoy nos dan. Vuelvo á mi historia: el motivo de bautizarnos con el nombre de *abanillos*, fué porque al principio teníamos la misma forma que los citados cuellos. Los *abanillos*, aunque era una buena y aceptada moda, tardaron en generalizarse, pues era cara, y detenida en los altos lugares, no podía descender hasta las otras clases. Murió Felipe III y subió al trono Felipe IV, que luego casó con Margarita de Valois, hija del rey de Francia, que, agradecida á los eminentes servicios que la prestó un *abanillo*, se propuso propagar y generalizar por todo el reino tan preciado utensilio, y á ella debemos nuestro completo desarrollo, engrandecimiento y generalización. La mujer, esa bella mitad del género humano, con el talento y la perspicacia de su débil sexo, comprendió al momento las inmensas ventajas que podía obtener del uso del abanico (le llamaré así, pues de esta manera nos conocéis). Efectivamente, el abanico tiene un lenguaje particular, y refleja con toda verdad los sentimientos de la persona que lo usa. Fijaos, sino, y vereis á la jóven feliz, que ama, que es correspondida y que está al lado del objeto amado; el movimiento del abanico es acompasado, dulce, tranquilo; como su alma es pura, como sus sentimientos son inocentes. Ved, por el contrario, á una jóven que ama, pero que espera á su amor ó que duda de él, y el precipitado movimiento del abanico os manifestará la impaciencia, la duda, la lucha de su alma. Ved á la mujer, casada y feliz; su abanico nos lo dice: adquiere grandeza en su movimiento, emanan felicidad sus varillas, y la satisfacción va envuelta en el aire que produce. Ved una jóven soltera que desea casarse y no encuentra novio; el febril movimiento de su abanico nos demuestra lo inquieto de su conciencia. Rompe y destroza cuantos usa; cada abanico roto es una ilusión perdida, hasta que pasado el tiempo de las ilusiones, lo mismo las solteronas que las viudas, en el pausado movimiento de su abanico dan á conocer su conformidad, su resignación y su fé en Dios. Como estos ejemplos podría citaros muchos mas, pero podreis apreciarlos por vos mismo, si observais con atención.

Por último, fijaos en los movimientos de los abanicos, y vereis sus inmensas ventajas, sus grandes cualidades. El abanico da aire, con él os desahogais cuando estais de mal humor, dais citas, hablais, preguntais, contestais, os burlais de todo el mundo. El abanico os quita el sol, os tapa la cara, os sirve de arma, de distracción, de entretenimiento, de escusa, de mensajero, de defensor, de confidente; y esto considerándolo en todos los países, que si os fijais en España, y es manejado por una linda hija de tan noble tierra, hace el abanico muchas y variadas evoluciones; se mueve, se menea, se agita, se abre, se cierra, se alegra, se irrita, se enfada, se aplaca, ama, aborrece y da á los hombres mas que hacer que todos los negocios de Estado juntos, mas cuidados que una enfermedad, mas alegrías y mas penas que todas las dichas y desgracias del mundo reunidas.

Aquí se detuvo un momento el abanico, y respiró; y en verdad que le hacia suma falta este pequeño descanso. En seguida continuó diciéndome:

—Creo que estareis convencido de la gran importancia y utilidad del abanico, y que admitireis como verdadera, y digna de toda fé, la proposición que senté al principio, de que, el abanico es una necesidad social para la mujer.

El silbido de la locomotora anunciaba la proximidad á Burgos; guardé, pues, silencio, é incliné la cabeza en señal de asentimiento á lo que aca-

baba de oír, mientras que en mi interior pensaba que el abanico me siguiera contando sus aventuras durante el viaje; pero la suerte lo dispuso de otra manera: al llegar á la estación nos encontramos que el telégrafo había jugado, pidiendo el olvidado abanico. Vino, pues, un empleado á recogerlo, y se lo llevó; pero no sin que mi amable compañero me manifestara antes que pertenecía á la recién casada que dejamos en Valladolid, y que era para ella un objeto muy querido.

Me despedí muy cortesmente del abanico, que me dijo:

—Tal vez algún día os cuente mi historia, que de seguro os distraerá.

—Tendré gran placer en ello, le contesté.

Se lo entregué al empleado, silbó la locomotora y.... estregándome los ojos y mirando al redor mio, comprendí que todo había sido un sueño. Sin embargo, queridas lectoras, ya que os he dado cuenta de esta aventura, os prometo que si llego á saber la historia del abanico, aunque sea soñando, os la transmitiré en las columnas de EL GLOBO ILUSTRADO, y estaré contentísimo si estas mal perjeñadas líneas han logrado distraeros algún tanto; sin perjuicio, por supuesto, para vuestros apasionados, á quienes en último extremo supongo que contentareis haciendo oportuno uso del abanillo.

FERNANDO MELLADO.

ANECDOTA HISTORICA

SOBRE LA ANTIGUEDAD DE LAS MESAS GIRATORIAS.

Estamos en verano, y el calor que aprieta cada día mas nos hace desear las auras suaves y frescas de la noche, como á los Egipcios, cuyo clima ardiente les obliga muchas veces á dormir al sereno. Estando en una de esas noches en mi despacho con las ventanas abiertas de par en par, leía la obra muy conocida de Luis Figuier, y titulada: «Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos.» Entre la multitud de hechos muy extraordinarios que este ilustre autor nos refiere, fijaron con especialidad mi atención los que van consignados en el capítulo de las mesas giratorias que están hoy muy en voga; pero me acordé al propio tiempo de haber leído otros por el mismo estilo en algunos escritores antiguos, y de estas palabras muy memorables del hijo del rey profeta: «No hay nada de nuevo bajo el sol.» Me quedé, pues, un largo rato meditando, y últimamente me recorrió á la memoria un hecho histórico que merece ser reproducido en estas columnas, porque confirma las palabras de Salomón, y se apoya en la autoridad de Amiano Marcelino, autor concienzudo y verídico.

«Dos hombres de la corte del emperador Valente echaron mano de los secretos mágicos para saber en quien recaería la corona imperial á la muerte de aquel gran príncipe. Mandaron hacer para el caso una tabla de madera de laurel en forma de trípode, y la pusieron encima una gran bandeja, hecha de diversos metales, y en cuyo derredor estaban grabadas á distancias iguales las veinte y cuatro letras del alfabeto griego. Un mago, después de algunas ceremonias y de haber pronunciado palabras misteriosas, teniendo en sus manos un anillo, suspendido de un hilo, le dejaba caer por intervalos sobre las letras del alfabeto, mientras que la tabla giraba rápidamente. El anillo, cayendo sobre las diferentes letras, formaba versos oscuros y enigmáticos, como los del oráculo de Delfos. En seguida los dos hombres preguntaron cuál era el nombre del que había de suceder al emperador Valente? El anillo tocó las

cuatro letras que corresponden á estas muestras: T. E. O. D. Habiéndolas aplicado desde luego á Teodosio, secretario de aquel príncipe, le encerraron en una lóbrega prisión: confesó, sometido á interrogatorio, que aspiraba al trono, y fué condenado á la última pena con todos sus cómplices. Luego se mandaron buscar todos los libros de magia, y fueron en gran parte quemados. Pero las letras habían designado á Teodosio el Grande, que á la sazón estaba ausente de la corte, y de quien nadie se acordó.»

Teodoreto en el lib. 5. c. 7. de su «Historia eclesiástica» nos ha trasmitido otros pormenores acerca del advenimiento al trono de Teodosio, y nosotros vamos á reproducirlos á continuación, no solo porque son de por sí muy curiosos, sino tambien porque este autor los narra con ingenuidad sin desmentir el relato de Amiano Marcelino, lo que nos da á conocer que no es falso ni dudoso: Teodoreto se expresa en esta forma: «En 379 el emperador Graciano confirió á Teodosio el título de Augusto; y éste, llegado á Constantinopla el año 380, vió en sueño al obispo de Antioquía Melecio, que le presentaba el manto imperial y le ceñía la corona; pero, aunque no ignoraba su nombre ni su celo apóstolico, no le conocía personalmente. Al cabo de poco tiempo fué proclamado emperador, y habiéndose reunido á la sazón en Constantinopla todos los obispos de Oriente para la celebración de un gran concilio, Teodosio rogó á los padres, que no le dijeran quien era Melecio, porque queria cerciorarse con sus propios ojos, si era él mismo á quien había visto en su sueño misterioso. Cuando se presentaron los obispos, el emperador conoció al instante á Melecio, le abrazó con efusión de afecto, y besándole respetuosamente las manos, le dijo que le respetaría siempre como á su propio padre.

Volviendo, después de esta breve digresión, á las mesas giratorias, no queremos pasar por alto que en el *Apologeticon* de Tertuliano y en Minucio Félix, gran defensor del cristianismo, se indican algunos hechos relativos á esas mesas; y últimamente Luis Figuier en el t. V. c. XIV. pág. 263 y sig. de la obra arriba cit., París 1860, nos dice, apoyado en la autoridad de historiadores y viajeros sábios y muy fidedignos, que en la India, en Egipto, en el Tibet y en la Siberia Oriental las mesas giratorias se conocen desde tiempos inmemoriales, y que los lamas ó sacerdotes tibetinos se sirven de ellas con frecuencia, porque creen, llevados en alas de las supersticiones mas groseras y ridículas, que por este medio pueden descubrir los objetos robados ó escondidos. Los que suponen, pues, que el espiritismo moderno ha venido á Europa de los Estados anglo-americanos padecen un lastimoso engaño: su verdadera cuna es el Asia superior; sus progresos los debemos en gran parte á la exaltación y á los embustes de los teósofos é iluminados de Alemania, en el seno de cuyas sectas aprendieron Saint-Germain y Cagliostro á engañar al mundo; y en cuanto á las mesas, que hoy vaticinan y danzan en nuestra Europa, esperamos, que para divertir con especialidad al público español, se conviertan dentro de poco en boleras y bailen con castañuelas.

SALVADOR COSTANZO.

COMBATE ENTRE UNA CHATA PARAGUAYA

Y LA FLOTA DEL BRASIL.

Una correspondencia de Rio de Janeiro publicada en el *Monitor Universal* de París, da pormenores muy circunstanciados y bastante notables, y además muy curiosos, acerca de un encuentro

que se ha efectuado en las aguas del Paraná entre las fuerzas brasileño-argentinas y las paraguayas. A pesar de las graves preocupaciones del momento en todo el mundo, no se habla de otra cosa que de la nueva invención guerrera que acaban de inventar los ingenieros del Paraguay; de esa máquina estravagante, que bajo la forma de un ponton flotante, posee la suficiente potencia para sostener una lucha con buques de alto bordo, y para combatir sin desventaja aun á los buques corrazados.

Es una escena que no ha tenido igual hasta ahora en los anales militares de ningún pueblo la que ha reproducido el lápiz del dibujante, según un croquis tomado sobre el mismo teatro de la guerra.

Sin embargo, y para completa inteligencia de los hechos, nos parece necesario establecer geográficamente la posición del Paraguay.

Este reducido Estado está limitado al N. por la provincia brasileña de Matto-Grosso; al E. por el rio Paraguay y el desierto del *Gran Chaco* que le separan del alto Perú y de la república Argentina; en fin, al E. y al S. por el Paraná, que por su dirección del N. al S. y del E. al O., ejecuta su union con el rio Paraguay que le separa del imperio del Brasil y del Estado Argentino.

Se ve, por lo tanto, que el Paraguay está rodeado de una triple barrera de agua, que forman los rios Paragnay y Paraná, y no se puede invadir este territorio sino atravesando esta barrera. Añadamos, como último pormenor, que el Paraguay es invulnerable por la parte del Norte. Con efecto, Matto-Grosso es un verdadero desierto, que recorren en todos sentidos numerosas hordas de salvajes y hasta algunas tribus antropófagas, y todo esto salpicado de infinidad de riachuelos, torrentes, sierras y bosques vírgenes, de tal manera, que por falta de caminos trazados, los convoyes de mulos invierten diez y seis y hasta diez y ocho meses para ir desde Rio de Janeiro á Cuyabá, capital de esta provincia.

No se puede llegar al Paraguay mas que por la vía fluvial; esta posición es la que ha obligado á la flota aliada á entrar en el rio de la Plata, y subir el Paraná hasta la confluencia de este rio con el del Paraguay.

Esta flota se compone de treinta y tres buques de guerra, entre los cuales hay cuatro corrazados, el *Tamandaré*, el *Barroso*, el *Bahia* y el *Brasil*. Este último ha salido de los arsenales del Sena, y lleva sobre su puente una casa-mata, una especie de batería blindada de forma cuadrada. La corbeta *Tamandaré* ha sido construida en Rio de Janeiro sobre el modelo del *Brasil*.

A enemigos tan poderosamente armados, los paraguayos no podían oponer mas que una flota de buques de rios, y sin embargo estos buques no se mostraban. El éxito, parecia, pues, que estaba asegurado en las fuerzas aliadas.

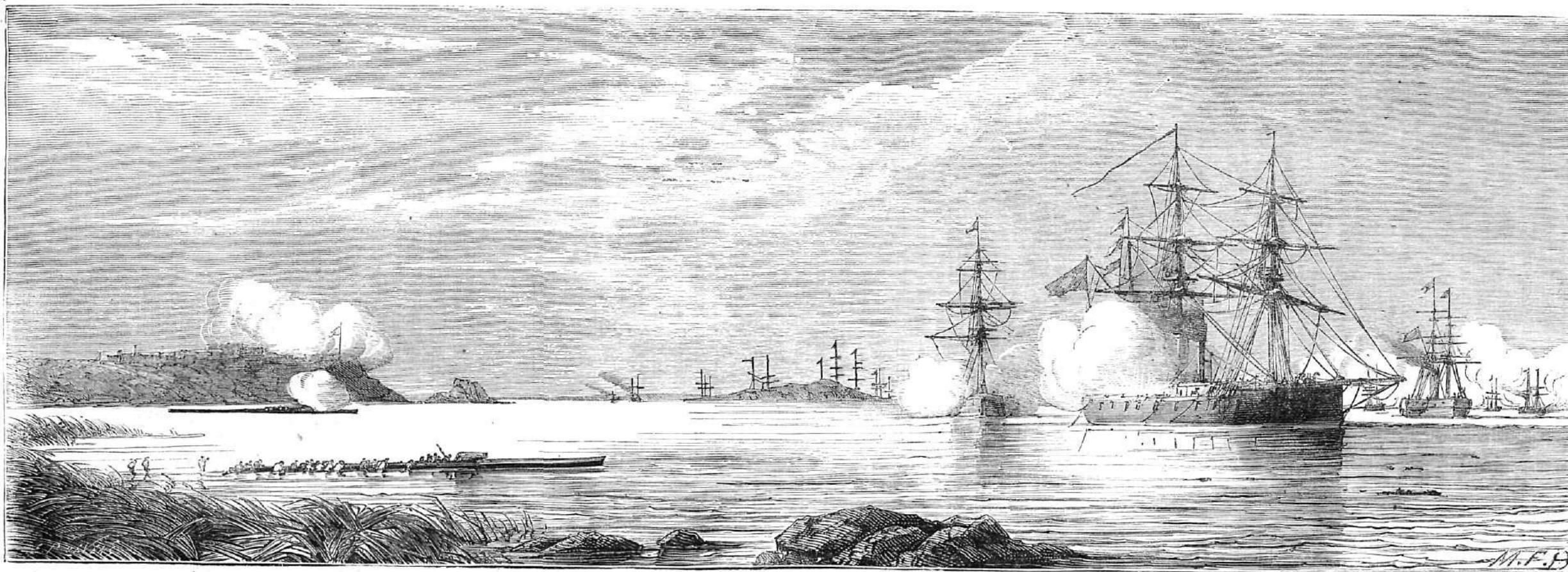
El 21 de marzo último, después de un reconocimiento hecho en el rio, que mide, no lo olvidemos, 3 kilómetros de anchura, la flota *brasileño-argentina* se alineó en batalla con los buques corrazados á la cabeza, delante del pequeño fuerte de Itapirú, que se eleva sobre la margen paraguaya.

Hé aquí la fisonomía de los lugares:

Detrás del fuerte, colinas arboladas que descienden hasta la orilla del rio; á la izquierda y á la derecha se estiende y se prolonga una zona cenagosa é impracticable.

El único sitio que queda para atravesar el Paraná, y que se llama el *Paso de la Patria*, se encuentra en este paraje, y este sitio está protegido por las baterías del fuerte. Era, pues, de rigurosa necesidad, destruir las fortificaciones de Itapirú para hacerse dueños del paso y poder efectuar el desembarco sobre el territorio paraguayo.

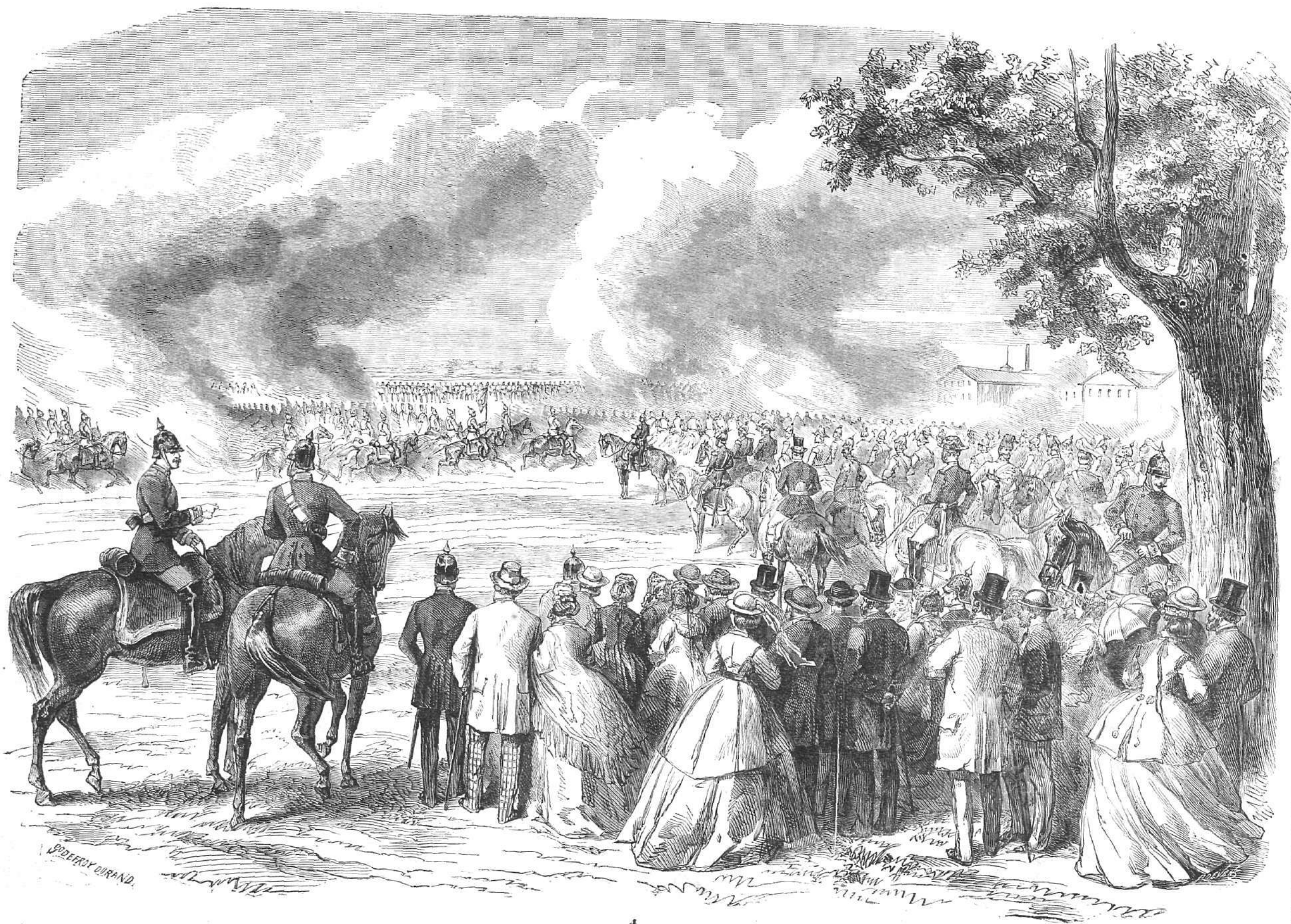
En las condiciones respectivas de los belige-



2



3



rantes, la empresa no podía menos de obtener un buen resultado para las tropas aliadas; así lo pensaba el almirante brasileño Tamandaré cuando dió la señal del ataque.

El fuego acababa de romperse contra Itapirú, cuando vino á llamar su atención un espectáculo extraño. Una larga hilera de hombres, desembarcando por la punta de la isla de Santa Ana, que está situada á la izquierda del fuerte, se adelanta hácia el río, con el agua hasta la cintura. Estos hombres iban conducidos por un buque plano ó ponton, apenas perceptible. La metralla los diezma; pero ellos avanzan sin cejar, y llevan el buque hasta situarse debajo de las baterías de Itapirú. Los que sobreviven se retiran entonces, y se oye al punto una formidable detonación á bordo del ponton. Este emprende el combate con los buques corazados.

He aquí la descripción que hace el *Monitor* del 20 de mayo de este nuevo invento de guerra que los paraguayos llaman *chata*.

«La *chata* paraguaya es una máquina rara que es necesario describir: es un ponton raso, muy plano, de cerca de 25 metros de longitud, sin velas, remos ni vapor, construido de una madera que tiene una fuerza extraordinaria. Encima del puente se sostiene la tripulación; en su centro se ve una pieza de á 68 y giratoria. Una especie de bastidor, que se abre y se cierra oportunamente, permite cargar la pieza, y en caso necesario protege á los artilleros. Es casi inútil hacer la puntería; basta colocarse en la dirección del buque que se quiere atacar; la bala marcha á flor de agua y llega al buque enemigo con toda la plenitud de su fuerza. En cuanto á la *chata*, móvil á merced del agua, casi imperceptible, es muy difícil que puedan alcanzarla las balas enemigas, y además casi siempre está bajo la protección de las baterías paraguayas.»

La *chata*, por lo que se desprende de lo que acabamos de decir, es una máquina de destrucción de una nueva forma, pero de una gran potencia. Una sola *chata* entra en línea cada día; y cada día es reemplazada por otra que se remolca, ora por un vapor, ora por una compañía de soldados paraguayos.

Durante esta lucha se habrán destruido tres *chatas*. Según otra correspondencia, una sola *chata* ha caído en poder de los aliados. Lo que hay de cierto es, que los buques enemigos han experimentado averías y pérdidas considerables. Una bala lanzada por la pieza de á 68 ha entrado en un buque brasileño y ha puesto á treinta y cuatro hombres fuera de combate, incluyendo al comandante abordo del *Tamandaré*. Otra bala ha desmontado el canon de 120 del *Barroso*.

En una palabra, gracias á la invención inesperada de las *chatas*, el combate comenzado el 21 de marzo, duraba todavía el 30, sin que los brasileño-argentinos hubieran podido forzar el Paso de la Patria.

C. E.

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEO.

(Continuación.)

IV.

El personaje que acaba de entrar con paso lento y receloso, lleva el sombrero en la mano y mira de reojo á todos lados. Su blanca y poblada cabellera, sus ojos tan hundidos como penetrantes, su nariz aguileña, sus delgadísimos labios, su barbapuntiaguda y los surcos que señalan su mejilla, revelan una astucia contenida en una alma de se-

senta años. Viste un largo leviton con esclavina, y un pantalon de media bota: en la mano derecha lleva un baston de caña de la India con borlas y empuñadura de oro.

Después que hubo mirado á todas partes, se fijó en Guaicolea al cual dijo sonriendo falsamente y después de haber saludado:

—¿Si no me equivoco, sois vos, caballero, el que habeis ido á mi posada?....

Guaicolea, se incorporó, y respondió con cierto aire de importancia:

—Sí, señor.

—¿Sois vos, añadió la visita, el que habeis suplicado de parte de su Excelencia, que me presente hoy mismo á las diez en su casa de campo?

—Exactísimo, repuso el edecán.

—Aun cuando una orden semejante, prosiguió el desconocido, ha causado en mí una sorpresa inesplicable, he querido venir. Aquí me teneis. ¿Para qué me quieren?

—Mis instrucciones, añadió el secretario, se limitan á dar aviso al señor virey de vuestra llegada, y por consiguiente voy á verificarlo.

—Sin embargo, observó el recién entrado deteniendo al secretario; quisiera saber antes con qué designio he sido llamado.

—Puesto que vinisteis, repuso Guaicolea, os diré oficialmente, que quieren hablaros. Lo demás lo sabreis después, y os añadiré solamente, que un secretario privado no tiene por costumbre dar cuenta en voz alta, y delante de la gente, de misiones secretas de que se ha encargado.

—Pero aquí no hay nadie.... interrumpió el desconocido, y podreis....

—No puedo, dijo Guaicolea, puesto que se acerca el virey.

Y saliendo al encuentro de Cisneros añadió:

—El señor conde de Relemborg, que tiene el honor de ponerse á las órdenes de vuestra excelencia, y espero que la discreción de que he hecho uso en esta ocasión merecerá vuestros elogios.

—¡Basta! dijo imperiosamente el virey.

Y dando un papel á Guaicolea, añadió:

—Dejadnos solos, preparad esta orden y ponédmela después á la firma.

Guaicolea tomó el papel, y después de haberse inclinado respetuosamente, se alejó mirando el escrito al par que tomaba su sombrero del sillón donde antes le había colocado.

Quedaron solos Cisneros y la visita; aquel miró un buen rato silenciosamente al anciano; este miraba también y sonreía malignamente jugueteando con las borlas de su baston. El virey se decía mientras tanto:

—Es el mismo que ví el otro día en la Ribera.

Se sentó, é hizo un signo al anciano para que le imitase. Después que se hubieron sentado el uno junto al otro, Cisneros volvió á mirar al viejo mas detenidamente. La visita seguía sonriendo, y al fin fué la que rompió el silencio:

—¿Puedo saber lo que significa el examen tan minucioso que haceis sobre mi persona?

—En primer lugar, respondió Cisneros, quisiera que me dijerais vuestro verdadero nombre.

—¿Qué pregunta tan extraña! exclamó el visitante.

—¡Responded! dijo el virey con tono imperativo.

—Yo soy el conde de Relemborg; contestó el anciano; y no siendo, ni español, ni americano, no sé con qué derecho os atreveis á interrogarme de esa manera.

El virey le miró reposadamente y contestó después de un breve instante:

—Tengo derecho á vigilar los pasos de un extranjero cuando me son sospechosos, sobre todo cuando este extranjero se presenta bajo un nombre supuesto, y se adorna con un título que no le pertenece.

—¿Qué estais diciendo? preguntó el extranjero incorporándose.

—Vos os llamais Dolowiske; vos sois bohemio.

—¡Caballero! exclamó el extranjero.

—Ya no dudo nada, interrumpió el virey, y por lo tanto poneos de pié.

Dolowiske se levantó y el virey permaneció sentado. Este continuó hablando del siguiente modo:

En las guerras de Alemania, habeis adquirido un nombre mas célebre que honroso, y se dice que los generales de María Teresa os deben mucho.

Dolowiske, un tanto sorprendido, y disimulando cuanto podia su miedo, dijo:

—Puesto que os son conocidas mis cualidades, nada tengo ya que ocultar á vuestra excelencia. Sí, señor, cada cual tiene su manera de ser útil á su patria. Soy alemán y he servido á la Alemania durante la guerra; y esponiendo mi vida he podido penetrar y conocer los designios de mis enemigos, sorprendiendo sus secretos. Otros hacen lo mismo en momentos de paz, y se les concede nombre, consideración, un tratamiento honroso y una muerte tranquila. Nosotros no tenemos nada de esto.... esta es la justicia de las justicias de los hombres.

—Si hubiese justicia, interrumpió Cisneros, ya no existirías.

—Como vuestra excelencia quiera, respondió Dolowiske, con acento de conformidad; mas tarde ó mas temprano eso es lo que tendrá que sucederme. Mi vida está en vuestras manos.

—¿Y qué quieres que haga yo de ella? preguntó el virey.

—Sois muy generoso, respondió Dolowiske; Federico el Grande, á quien todos conocen como hombre de gran cabeza, puso la mia á precio, y la estimó en veinte mil florines. ¿Cree vuestra excelencia que vale esta cantidad?

La respuesta de este aventurero revela hasta donde conduce la vanidad de las profesiones; este hombre estaba orgulloso de la suya. El virey le respondió:

—A fin de calmar tu temor ó tu orgullo, reflexiona solamente, que si yo hubiera tenido la intención que me supones, no me hubiera tomado el trabajo de hacerte venir aquí secretamente.

—Eso es verdad, objetó Dolowiske; vuestro razonamiento no tiene réplica, ¿qué quiere de mí vuestra excelencia?

—Saber lo que te ha traído á Buenos-Aires; pues tú no has dejado la Europa sin algun propósito.

—Vuestra excelencia no me creerá, y sin embargo, tan verdad, como que algun día tengo que ser ahorcado, no he venido aquí sino para un negocio particular, en el que no entra para nada la política.

—¿Y qué negocio es ese? preguntó Cisneros; y... no me engañes!....

—Ni lo presumo, pues no tengo interés en engañaros. No tengo mas parientes que mi hermano mayor Herman Dolowiske, bohemio como yo, y jefe de nuestra tribu. La paz, que enriqueció á todo el mundo, nos arruinó á nosotros. Los ejércitos austriacos, ingratos por naturaleza, se han conducido muy mal con nosotros; especialmente los generales, colmados de honores y de pensiones, concluyen por persuadirse que habian ganado sus victorias, y no nos han dado la recompensa debida á la parte que hemos tenido en el triunfo. Yo no aspiraba mas que á tomar mi retiro, cuando me dijo mi hermano: «Tienes razón, abandonemos la carrera militar donde hay peligros y provechos. Yo estoy meditando con un particular una empresa que debe enriquecernos para siempre. Yo parto para España, y cuando sea necesario yo te buscaré.» Me escribió algun tiempo después que me esperaba, no en Madrid, sino en

Buenos-Aires, donde la fortuna me preparaba la suerte mas brillante. Me decia que le encontraria en la posada del *Leon con alas*, cerca de Barracas. Partí al momento, y cuando llegué á este país, supe que no habia parecido. Nadie habia oido hablar del bohemio Dolowiske, y yo soy ahora el que hago las diligencias mas activas, tanto para averiguar la suerte de mi desgraciado hermano como para convencer á vuestra excelencia de la verdad de mi relacion.

—Ya no dudo nada, dijo el virey poniéndose de pié; pero en el caso de que este hermano no exista, lo que creo muy probable....

—¿Cómo! exclamó Dolowiske asustado ¿creeis, que mi pobre Herman!.... ¡quién me hubiera dicho que moriria!....

—¿Cuáles serian entonces tus intenciones? preguntó Cisneros con cierta curiosidad.

—Dejar lo mas pronto posible este maldito país. Desgraciadamente no sé cómo soportar los gastos del viaje, pues esperando encontrar aquí la fortuna, no la he traído conmigo.

—Sin embargo, dijo el virey, tal vez pueda presentarse á tus ojos mas brillante que nunca.

—¿Qué decís? exclamó Dolowiske, abriendo sus hundidos ojos y clavándolos en Cisneros.

Este le cogió de la mano, y le dijo con cierta intencion llevándose a un extremo de la sala:

—Tu mirada hábil y ejercitada, ¿no ha comprendido ya la posicion de este país? ¿No has percibido la inquietud que predomina en todos los ánimos? En todas partes se habla de reforma, de escisiones con la metrópoli, de independenciam. Estas son las palabras que brotan continuamente de los labios de algunos jóvenes aturridos, que fatigados de su nulidad, se hacen facciosos para ser alguna cosa. Yo me guardaré bien de castigarlos; seria darles una importancia que no merecen; pero quiero conocerlos; quiero, porque el bien público lo exige, penetrar en el alma de los proyectos que medita su imprudencia, y evitar-me, descubriéndolos, el sentimiento de castigarlos.

—Comprendo, dijo Dolowiske sonriendo, estoy á las órdenes de vuestra excelencia.

—De todos estos jóvenes, añadió Cisneros, el mas peligroso es Belgrano, comandante de los voluntarios.

—Le conozco.

—¿De veras? preguntó el virey.

—Jamás le he visto; pero he oido pronunciar mucho su nombre, por casualidad, sin quererlo; y la costumbre de oír....

—Me han asegurado, interrumpió Cisneros, que esta misma noche, junto á Barracas, en la posada del *Leon con alas*, de la cual me has hablado, deben reunirse en secreto muchos jóvenes. Es necesario conocer su propósito; el objeto de esta reunion; en una palabra, es menester que asistas á esta reunion. No tienes mas que algunas horas de que disponer, pero conozco tu destreza. En cuanto á lo demás, fija por tu servicio el precio que quieras.

Dolowiske quedó un rato suspenso, y dijo alzando la cabeza:

—Mil pesos fuertes.

—Eso es mucho.

—El servicio tambien es grande, señor.

—Verdad, dijo Cisneros.

Se dirigió á la mesa, levantó la cubierta del pupitre, contó algunas onzas de oro, que puso en manos de Dolowiske, diciendo:

—Aquí tienes la mitad á cuenta; la otra será entregada despues del triunfo.

—Os portais como un caballero, dijo Dolowiske guardando el dinero. Veo que vale mas estar á sueldo de España que al de la casa de Austria. Pero lo que de mí solicitais es muy difícil, y no me atrevo á acometer la empresa, si no llamo en mi auxilio el talento de mi sobrina Bathilde.

—¿Cómo! exclamó el virey, ¿mezclar á una mujer en estos asuntos?

—Mi sobrina, interrumpió el bohemio, no sabrá mas que lo que deba saber.

—¿Y quién es? preguntó el virey.

Dolowiske se apresuró á decir:

—La bohemia mas preciosa y mas amable del mundo; la hija de mi hermano Herman, á la que he traído conmigo, porque jamás me ha abandonado, y de la cual estoy muy orgulloso, porque yo la he educado bajo la base de los mejores principios.

—¿Bajo la base de los tuyos? interrumpió Cisneros.

—No conozco otros, repuso Dolowiske.

—Es decir, añadió el virey, ¿qué el otro día cuando te encontré paseando por la Ribera, aquella joven á quien dabas el brazo, y que tenia una fisonomía tan noble y tan distinguida?....

—Era mi sobrina Bathilde, se apresuró á responder Dolowiske.

—¿Qué lástima! exclamó Cisneros; siento que ejerza semejante profesion.

—¿Excelencia! exclamó el bohemio levantando orgullosamente la cabeza.

—¿Qué hay, señor Dolowiske? preguntó el virey con altanería. Me parece que vienes aquí á buscar órdenes y no cumplimientos; ¿qué mas hay? ¿qué dices?

El bohemio se inclinó y contestó con acento humilde:

—Pido, señor, justicia, al menos, por parte de aquellos que nos emplean. En los ejércitos donde yo he servido, jamás he visto que el soldado que disparaba el fusil, fuese mas culpable que el capitán que le gritaba: ¡Fuego!

—¿Miserable! exclamó Cisneros queriendo reprimir la rabia interior que le dominaba.

—Como vos querais, replicó Dolowiske inclinándose.

Oyóse un pequeño ruido en el aposento inmediato por donde antes habia desaparecido Magdalena; Cisneros, se dirigió al sitio del ruido, diciendo á su interlocutor:

—¡Calla, calla! que oigo ruido en esta pieza contigua.

—¿No hay completa seguridad en vuestra quinta? preguntó receloso el bohemio.

El virey regresó diciendo:

—Mi hija estaba en esta habitacion inmediata, y si nos hubiese escuchado.... A Dios; aléjate. Si esta noche tienes alguna cosa importante que transmitirme, podrás llegar hasta mi persona con la palabra que convengamos.

Se puso á reflexionar un poco, y dijo:

—España y....

—¿Y Bohemia! añadió Dolowiske.

—¡Sea! dijo el virey: yo quedo en esta quinta, en la que tendré cuidado de estar solo, pues las conferencias secretas con un bohemio....

A este tiempo apareció Guaicolea, y oyó la última palabra un bohemio. El virey despidió á Dolowiske, el cual, haciendo una respetuosa reverencia, lo mismo á Cisneros que á Guaicolea, se ausentó.

Guaicolea se aproximó al virey, y le dijo:

—Parece que este conde de Relemborg.... quiero decir, parece que la conversacion ha terminado.

El virey se sentó á la mesa, y echando la llave al pupitre, y guardándola respondió aparentando indiferencia:

—Sí, amigo Guaicolea.

Este permaneció suspenso un instante, y despues añadió:

—Ahora, señor, que estamos solos, y que permanecemos aquí....

—Al contrario, interrumpió Cisneros, vais á volver ahora mismo á la ciudad para llevar la orden que acabais de transmitir al comandante de la plaza.

Y la leyó, y decia así:

«Se me dice que no se dá ningun paso contra Vedia, lo que apruebo.»

La firmó y la entregó al edecan.

—¿Soy yo el que debo entregar esta orden? preguntó Guaicolea.

—Ciertamente, repuso el virey. Y al mismo tiempo servireis de caballero á mi hija y á su aya, que me parece no se encuentran bien aquí, y estarán mejor en la ciudad.

—¡Dos misiones á un tiempo! exclamó el secretario; la orden al comandante y la mano á estas señoras. Vuestra excelencia puede estar seguro de que con ambas cosas verá mi comportamiento, es decir, el mismo celo y la misma discrecion.

—Así lo espero, repuso el virey. Os deseo un viaje feliz.

—Veo con delicia, prosiguió Guaicolea, que ya soy necesario á vuestra excelencia; que estoy en pleno favor.

El virey sonrió, y el secretario se alejó despues de haber hecho una afectada reverencia.

Cuando Cisneros se vió solo, cerró las puertas del aposento, y dijo:

—Nadie podrá ya molestarme. Puedo con seguridad entregarme á mis investigaciones.

(Se continuará)



ESPOSICION DE BELLAS ARTES EN PARIS.

CASA DE FIERAS.

El lienzo de Mr. Meyerheim, cuya reproduccion al lapiz damos en nuestro número de hoy, ha sido uno de los cuadros que mejor éxito han alcanzado en el salon de Exposicion de pinturas de París; como verán nuestros lectores, y especialmente nuestros artistas, está perfectamente concebido, bien dibujado y, segun relacion de nuestro corresponsal, muy bien pintado. El pintor es alemán y ha dado sus primeros pasos en el arte en París con un éxito real y grave. La naturaleza del asunto contribuye en gran manera á que haya tenido el cuadro el interés que ha suscitado su composicion; pero todo el mundo asegura, que no se ha encontrado hasta el día una mano mas diestra para pintar un leon, un mono, un boa como los que figuran en este cuadro de animales.

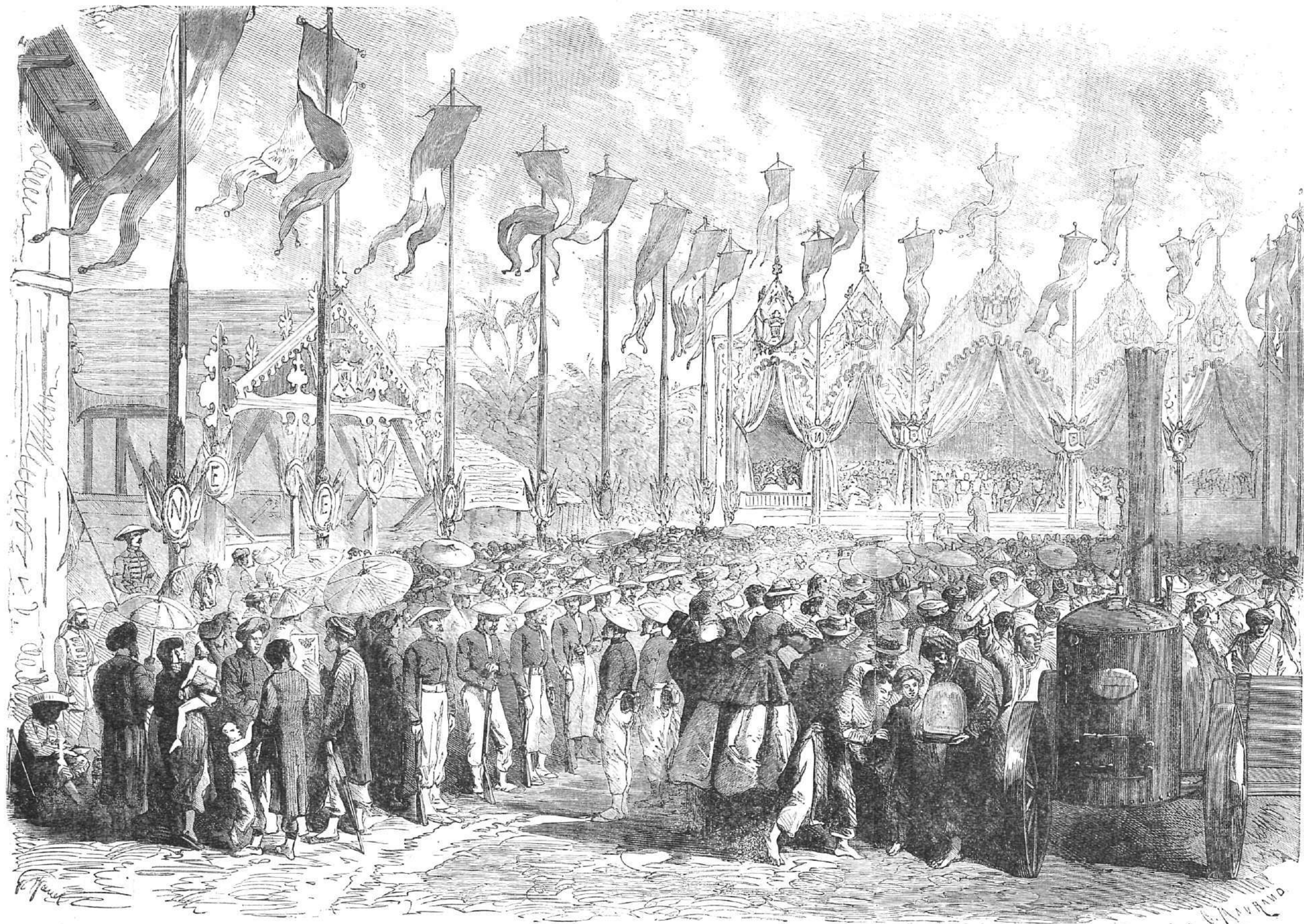
Los tipos se conoce que han sido muy observados y muy bien reproducidos; el jurado ha dado una medalla á este lienzo, y todos los artistas franceses han aplaudido esta decision.

ESCAVACIONES EN POMPEYA.

Mr. Sain, conocido en las artes por su pasion hacia los asuntos comunes, á los cuales ha pintado en su vida pública y en sus desahogos íntimos, ha presentado este año un lienzo que le ha inspirado una prolongada residencia en Italia. Ha visto las escavaciones como artista y buscado en los habitantes de Castellamare y de Pompeya el carácter y el tipo de los frescos que habia observado en el *Museo Borbónico*. Su cuadro es un verdadero dechado de ejecucion; vemos una gran nobleza en los tipos; ha sido premiado con una medalla, por lo cual se comprenderá que hemos sido justos al hacer mencion de este cuadro que pueden examinar nuestros artistas.

No estará de más que agreguemos algunas indicaciones históricas acerca de Pompeya y de su ruina, en cuyos vestigios se ha inspirado el artista.

Si se ha de dar crédito á la tradicion, esta





ciudad, famosa por su trágico fin, fué fundada por los fenicios. Los oscos, que habitaban entonces la Campania, se unieron á los extranjeros, y de esta union, resultó una hermosa y floreciente ciudad. Pompeya cayó despues bajo la dominacion de los etruscos, desde cuya época siguió la suerte de las demás ciudades de la Campania. Pompeya llegó á ser una ciudad magnífica cuando las abrasadoras lavas del Vesubio la condenaron al silencio de los sepulcros, del que no volvió á resucitar sino despues de muchos siglos.

En 1748 algunos aldeanos cavando la tierra tropezaron con ciertos objetos que les ofrecian resistencia; redoblaron sus esfuerzos y descubren al poco tiempo algunos monumentos y estatuas. Carlos III de España ordenó continuar las escavaciones, proseguidas hasta nuestros dias, y Pompeya fué devuelta á la luz despues de haber dormido diez y ocho siglos entre las tinieblas del olvido.

Pompeya, de la que no se han descubierto mas que veinte y cuatro calles, es decir, la quinta parte de toda la ciudad, ofrece la forma de una elipse: su circuito es de unos 4,000 metros y su superficie de unos 260,000 cuadrados. Para desenterrarla completamente serian necesarios unos 8.000,000 de reales, y no hay consignados anualmente para ese objeto mas que unos 100,000 reales escasos. Véase por lo tanto que si se han empleado ciento veinte años en descubrir la quinta parte de la ciudad, se necesitarán por lo menos cuatrocientos ochenta para realizar por completo una obra de tan incuestionable utilidad.

«Al recorrer esa ciudad de los muertos, dice Chateaubriand, una idea nos asaltó tenazmente: á medida que se arranca algun edificio á Pompeya, se arrebatá lo que nos ofrece la escavacion; utensilios de menaje, instrumentos de diferentes oficios, muebles, estatuas, manuscritos, etc., y todo se amontona en el museo de Pórtici. En mi opinion, podría hacerse otra cosa mucho mejor, á saber: dejarlo en el mismo lugar y de la misma manera que se halla, restaurando y reedificando los techos, pavimentos, puertas y ventanas, para evitar el deterioro de las pinturas y de las mismas paredes, cerrando las puertas de los edificios que se descubriesen, y rodeándoles de guardias, á fin de que solo penetrasen en ellos los verdaderos anticuarios ó sabios y personas distinguidas por cualquier concepto. ¿No sería este el museo mas sorprendente del mundo? Una ciudad romana conservada como si sus habitantes acabasen de dejarla un cuarto de hora antes; se aprenderia mejor la historia doméstica del pueblo romano y llegaría á conocerse el estado de su civilizacion con algunos paseos dados por Pompeya restaurada mas que con la lectura de todas las obras de la antigüedad. La Europa entera contribuiría á realizar este pensamiento, y los gastos que habría de originar su ejecucion serian ampliamente compensados por la extraordinaria afluencia de extranjeros en Nápoles.... Lo que se hace hoy lo considero funesto; arrancados de su sitio natural los objetos mas raros, se sepultan en los gabinetes científicos, donde no pueden hallarse ya en relacion con los demás objetos que los rodean. Por otra parte, los edificios descubiertos en Pompeya vendrán á tierra muy pronto; las cenizas que los derrocaron los han conservado, pero espuestos como hoy están á la intemperie, se hundirán probablemente muy luego sino son reparados.»

Esta pequeña ciudad de tercer orden, cuya quinta parte descubierta puede recorrerse en una media hora, posee un foro, ocho templos, una basílica, tres plazas públicas, y finalmente un colosal anfiteatro.

C. IRIARTE.

UNA LECCION POR COMPROMISO.

Voy á satisfacer, querida Laura, uno de los caprichos mas originales ocurridos á tu pensamiento, tan brillante y fugaz como las dulces melodías de Listz y Beethoven con que arrebatas sin pretenderlo á cuantos llegan á escucharte.

¿Recuerdas todavía que hace pocas noches, desdeñando los homenajes debidos á tu belleza, viniste á buscar mi lado, que aun no habia tenido ocasion de tributarte ninguno? Si la cuenta de mis años fuera menos dilatada, ó tus mejillas ostentarán algo marchita la frescura juvenil, no lo hubieras hecho seguramente; pero demasiado conoces ¡oh disimulada sirena de larga cola de seda! que hace mucho tiempo dejó de comprenderme la ley de reemplazo para el ejército activo en lides amorosas, y aun dichoso fuera en poder retirarme á la reserva á costa de renunciar los abonos de campaña y derechos adquiridos por servicios anteriores en ligeros devaneos. De modo que tomando en cuenta mi posicion neutral, me acusaste de poco galán é indiferente; yo rechacé la acusacion alegando estar obligado por el buen sentido á dejar el palenque libre á mantenedores de mas provecho, y de una en otra réplica vinimos á parar en pedirme tú algunas lecciones de ciencias ó artes y en prometerlas yo, arrastrado por la influencia de unos labios purpurinos á quienes ayudaban dos ojos brillantes como la esperanza de un niño.

Pronto tuve que arrepentirme de la fascinacion que me arrebató un momento para empeñar una palabra solemne, que dudaba poder cumplir. Con menos causa pudo exclamar el célebre Sancho Ortiz en el famoso drama de su nombre:—Palabra por mí mal dada,—pues aquel nunca debió darla para cometer un crimen reprobado por todas las leyes divinas y humanas, pero yo que nada comprometia si no mi castigado amor propio ¿no era disculpable que la empeñase inadvertidamente en una empresa superior á mis fuerzas? Además, el camino del saber, Laura encantadora, es áspero y lleno de abrojos, aunque á su término se abran campos abundosos de florido verdor é incomparable lozanía, y antes de llegar á ellos es posible dejases en las espinas de la estrecha senda la mayor parte de las gracias que dan tanto realce á tu belleza. En efecto, esa ingenuidad casi infantil, delicia de los tuyos y envidia de tus compañeras; esa viveza y amenidad de fantasía, recuerdo seductor de nuestros poetas del siglo XVI, con que retratas en la imaginacion las personas y acontecimientos, y sobre todo la inocencia virginal de tu alma, alhaja preciosísima por cuya guarda debieras sacrificar hasta la vida si necesario fuese, todo, niña incanta, lo perderías regularmente antes de conseguir tu deseo.

Esto mismo creyeron los antiguos dejar consignado en el adagio popular: *mujer que sabe latín no puede tener buen fin*: axioma lleno de razon, pues si tan solo la lectura de las obras escritas en el idioma del Lacio ha pervertido á tantas capacidades dignas de mejor empleo, con mayor causa debía producir este resultado en la imaginacion viva y exaltada de una mujer que no podía penetrar en el dominio de la ciencia sin hojear antes á Nebrija y Calepino.

Deja, pues, á nuestro sexo feo el privilegio, á veces funesto, de poblar las academias y universidades, no se te ocurra envidiar la suerte de los que siempre agitados, pasan su vida consumidos por el estudio y la lectura devorando en silencio la indiferencia, justa y legítima tal vez, de un público descontentadizo y caprichoso, ó la mala voluntad de poderosos émulo á quienes estorbaron con su ingenio; procura, sí, adquirir los conocimientos necesarios para que un libro en tus

manos sea objeto de instruccion no de tedio ó pasatiempo; de modo que, evitando los inconvenientes de la erudicion femenina, puedas salir de la nulidad tan comun entre las mujeres de nuestro país, reducidas por ella á no poder terciar en otra conversacion que de amoríos, murmuraciones ó novedades en trajes ó peinados. Créelo, Laura, esta es una de las principales causas de la perdida influencia de la mujer entre nosotros. Si el hombre ha progresado poco en sabiburía verdadera, en cambio, gracias á los diccionarios y enciclopedias, adelanta mucho en conocimientos fáciles, mientras la bella mitad del género humano permanece estacionada. Piensa tambien antes de resolverte á desechar mis advertencias, que nuestro insigne poeta Breton dice en una de sus comedias que las mujeres literatas son viejas desde que nacen, pues aunque algunas honran sobremanera el suelo patrio, estos son raros prodigios, buenos para escitar el asombro, pero demasiado sublimes para lisonjearse de llegar á su altura.

Sin embargo, á pesar de lo dicho he de corresponder á tu deseo, porque si bien nunca fuí cortado para galán, tampoco la eché de sándio con las damas hasta el punto de rechazar la graciosa discípula que me nombra su pedagogo. Porende, como las cosas han de tomarse desde su principio, hoy hemos de tratar del origen de algunos ramos del humano saber, allanando así el camino, que procuraré sembrar de flores para que te sea la jornada menos penosa.

Cuenta Dumoustier en sus cartas sobre la Mitología, escritas á una señora de tu misma edad, y traducidas por el señor Gallardo, que aun era Cupido bastante jóven cuando emprendió con Hebé, su compañera, el viaje á Pafos. Despues de haber cursado con aprovechamiento las enseñanzas que allí se daban,

Este dios inconstante,
Cuyos gustos varian cada instante,
Concibió la manía
De explicar la sutil geografia.
En Pafos se fijó, y presuroso
Delineó sobre mármol muy lustroso,
Con azul muy subido
Los países del orbe conocido.
Hebé, su compañera,
Auxilió su proyecto placentera,
Tomando á su cuidado
El globo por Cupido modelado.
El Amor en la cátedra explicaba;
Y la diosa al oyente demostraba
Los puntos cardinales,
Las montañas, los lagos y canales.
La diosa á breve rato
Se cansó de trabajo tan ingrato;
Mas Cupido, con arte,
Por el mismo ecuador la esfera parte,
Y despues con semblante muy sereno,
A Hebé clavó los globos en el seno:
Así ya no pesaba,
Y el uno al otro antípoda miraba.

La diosa placentera
Los gastó como adorno la primera,
Y hasta el mismo Cupido,
Al mirarlos quedaba sorprendido.

El adorno divino.
A ser moda tambien al mundo vino;
Porque siempre natura,
Imitó de las diosas la hermosura.

¿No te parece esta composicion llena de singular donaire? Pues entiende que la viveza de colorido dada por el autor á sus versos me prohíbe insertar los mas sabrosos, convencido de que en la mayor parte de los casos debe abandonarse el gracejo y la chanza cabalmente cuando empiezan á gustar.

Ya que lo dicho habrá sido suficiente para enterarte del gracioso principio del estudio de la geografia é invencion de los *mapamundis*, que la voz pública, apoyada por la imitacion constante acre-

ditada como verdadero, á pesar de no autorizarse con documentos escritos, examinaremos ahora el origen del arte de navegar, siguiendo la opinion del fecundísimo Gesner, autor alemán, quien solo por esta última circunstancia no dudará goza de merecido concepto de formal y verídico.

En el litoral del Asia Menor, frente á una isla confundida por su distancia entre las brumas del mar de Laconia, habitaba en los primeros tiempos un jóven de gallarda presencia y atrevida resolución.

Muchas veces paseando por los verdes prados ó recostados á la sombra del bosque le habia referido su padre las desgracias acontecidas en aquel país hacia bastantes años, á consecuencia de tormentas espantosas.—¿No adviertes allá en lontananza, le decia, aquella mancha de tierra elevada sobre las ondas?—Entonces el mancebo fijando su vista en la isla que el viejo le señalaba con la mano, preparaba su atencion á escuchar las palabras del anciano.—Pues una larga península, proseguía éste, avanzaba antiguamente hasta el fin de aquel terreno, en cuya eminencia vivia en fiel union un matrimonio con una hija, portento de gracia y hermosura, aunque apenas habia con su llanto saludado la luz del sol. Escelentes dehesas se dilataban desde nuestra ribera á la cabaña de estos felices esposos, y sobre entrambas márgenes pacian en dulce sosiego abundantes rebaños. Pero de repente sobrevino un gran trastorno, cuya sola memoria me acobarda. En medio de una tenebrosa noche, un ruido mas horrible que el causado por la tempestad mas furibunda y deshecha, puso en consternacion á la comarca. Tembló la tierra en sus cimientos, el mar rompió sus límites con bramidos horrendos, y solo acentos de terror, desgracia y ruinas resonaban por todas partes, acompañados de la mas opaca lóbreguez. La ignorancia de la causa natural de este suceso formidable aumentaba el pavor y aturdimiento. Todos temblando y helados por el espanto sin poder apenas mover su planta, huian por los campos sin direccion. La naciente aurora al asomar por la cima de un monte, manifestó los estragos mas terribles y la desolacion mas amarga, dejando ver cubiertos por las agitadas olas los fértiles prados y abundantes campiñas. Cuando el astro del día lanzó sus nuevos rayos sobre el apaciguado golfo descubrimos una isla, y uno de vista perspicaz creyó distinguir la cabaña de Milon. Puede ser que viva todavía acompañado de su esposa; puede que Melida, su hija, sea la hermosura mas perfecta que haya conocido jamás persona humana.

Calló el anciano, y tambien el mancebo, impresionado por la narracion de tan original aventura. Desde aquel día sus paseos á la playa eran mas frecuentes, y sumergido en reflexion profunda fijaba sus miradas sobre la isla y escuchaba con atencion creyendo percibir gemidos lastimeros. Muchas veces se puso á gritar en altas voces, juzgando engañado por el eco, tener contestacion á su llamamiento, y en otras ocasiones el resplandor de una estrella le pareció lumbre de un hogar ó luz de una casa habitada.

Sentado en la ribera meditaba sobre los medios de poder atravesar la furia de las ondas, pues los hombres no habian inventado la ciencia exácta de la navegacion. No le permitia sosiego su pensamiento enardecido con la esperanza de conseguir como premio de sus afanes la incógnita beldad, que se figuraba reservada para recompensar su valor á la otra parte de las aguas.

Un día que lleno de confusion contemplaba el mar tristemente, vió venir desde lejos un bulto informe que las olas empujaban hácia la margen. En sus ojos se pintó el contento y la esperanza: se acerca poco á poco el objeto, échase á

nado para sacarle á tierra, y por fin puede examinarle á su sabor. Era un tronco enorme, hueco por los años, derribado quizá por el huracán. Una tímida liebre, ahuyentada de su guarida se agazapaba dentro del árbol, cobijada por la sombra espesa de una rama, y el viento la conducia hasta cerca de la ribera á la inmediacion del jóven, que salta de júbilo apenas vuelve á pisar las arenas, previendo su ventura y la resolución del problema que le agitaba.—Naturaleza, decia, ha hecho la mitad de la obra, yo la terminaré amaestrado por ella. Voy á profundizar este leño, de manera que pueda estar sentado en él cómodamente.

Emprende su trabajo con resolución y al cabo de pocos días el tronco se halló hueco, teniendo la figura de una barca, aunque imperfecta. Con gran fatiga lo arrastró hasta una pequeña ensenada y colocándose dentro de él se abandona á los vientos y las aguas, observando al mismo tiempo los defectos de su obra.—Solo he concluido la mitad de mi empresa, discurría entre sí ¿cómo dirigirme en plena mar sin ser juguete de las aguas?—Muchos proyectos ocurrieron á su mente que luego reprobó por inútiles.—Pero ¡feliz observacion! exclamó ¿no corta el cisne con sus anchas patas el líquido elemento en que se recrea? pues si yo me fabricase unos anchos pies de madera podría cortar tambien la furia de las olas.—Enagenado con esta idea adereza dos varales propios para el caso y fabrica los remos, que aplica luego á los costados de su barca, en la que se aventura á mayores expediciones, siempre observando el manejo de las aves acuáticas y perfeccionando sus ensayos en consecuencia.

Por último, creyéndose en disposicion de aventurarse á la inconstancia del piélago—Está realizado, exclama, el prodigio que tanto me inquietaba. Mañana, cuando el sol dore las cumbres con sus primeros resplandores, navegaré sobre mi pequeña barca hácia la isla deseada, en busca de mi ventura y en cumplimiento de un sagrado deber de humanidad.—Así dijo, y marchó á su cabaña á prepararse con el descanso á la grande accion que se proponia consumir.

El mar en calma reflejaba los crepúsculos de la aurora y ya el valeroso jóven bogando por la inmensa superficie, distinguia claramente la tierra solitaria norte de su deseo, merced á la pureza del aire. Los vientos, enfrenados por una fuerza superior, convertidos en suaves céfiros, allanaban el camino al imperfecto bajel, que sin jarcias, velas ni timon, surcaba el fluido cristal respetado hasta entonces por la raza indómita de Prometeo. Digamos para terminar, que las voluptuosas enramadas de la isla hospedaron al industrioso mancebo bajo sus frescas bóvedas, donde la viuda de Milon, acompañada de su hija recibió al primer navegante como un enviado del cielo. Este encontró á Melida aún mas hermosa de lo que le habia pintado su fantasía, y la doncella embelesada en contemplar aquel ser desconocido y grato, no tuvo fuerza ni voluntad para negarle su cariño.

A Dios, Laura; lo que de asunto sobra falta de tiempo y espacio. En otra ocasion veré de ofrecerte mas provechosa y variada enseñanza.

DIONISIO CHAULIE.

FIESTAS DE STRASBURGO.

Entre todas las ciudades de Francia que han celebrado este año la fiesta de la agricultura, en un concurso regional, Strasburgo es la que ha presentado mayores atractivos. Se hace de muy buena gana un viaje á Alsacia; unos se complacen con la contemplacion de las márgenes del Rhin;

otros, menos artistas, por los diferentes espectáculos que se presencian en Bade.

Las autoridades de Strasburgo han dado á los forasteros y á los extranjeros la acogida mas benévola. Estos han estado durante una semana entera en todas las reuniones, espectáculos, bailes y banquetes. Estas fiestas serán eternamente las mismas, y sin embargo, el que concurre á ellas todos los años, encuentra siempre un nuevo placer. Por eso es una gran verdad, que el corazón no se alimenta mas que de emociones simpáticas.

Se han dado representaciones por la compañía de los teatros de Nancy y de Metz. Sin nombrar á ninguno de los artistas que la componen, y algunos de los cuales tienen señalado su puesto en París, diré que ha interpretado de una manera notable, la comedia de Mad. Sand *El Marqués de Villemor* y *El Lion amoureux*, el último gran éxito de la comedia francesa. La orquesta del teatro de Strasburgo no cede en nada á las de las primeras escenas líricas de París.

Se dió un magnífico baile ofrecido por la ciudad á los esponentes y á la gente convidada. Esta fiesta debia ser brillante; los uniformes hacen su gran papel en Strasburgo, y dan variedad en un baile á la monotonía de los trajes negros. Algunos oficiales badeses se confundian con la multitud. Kehl está á dos pasos de Strasburgo, y los jefes de esta pequeña guarnicion aceptaron con gratitud las ocasiones de placer que les ofrecia la ciudad vecina.

Los alsacianos son un pueblo músico por excelencia; allí todos tocan por lo menos un instrumento. Cuando no es el violin ni el clarinete, ni la trompa, es la voz. Muchos coristas recorren durante la noche las calles entonando himnos y canciones populares que se oyen con gusto.

Esto me conduce naturalmente á hablar acerca del gran festival dado por cuatrocientos músicos militares. Este ruidoso festejo atrajo á toda la poblacion, y por espacio de mas de dos horas y bajo una copiosa lluvia que habia cambiado la plaza Kleber en un solo é inmenso paraguas, los habitantes escucharon atentamente la música. Las cigüeñas, cuyos nidos se ven en lo mas empinado de las chimeneas y de las torres, y que constituyen otra curiosidad de Strasburgo, batieron sus alas y se apartaron presurosas de este formidable concierto.

La lluvia no cesaba, y sin embargo, no hubo un solo habitante que dejara la plaza. ¡Tan poderosa es en este pueblo la aficion á las notas! El festival terminó con una retreta alumbrada con faroles que producía un efecto muy pintoresco.

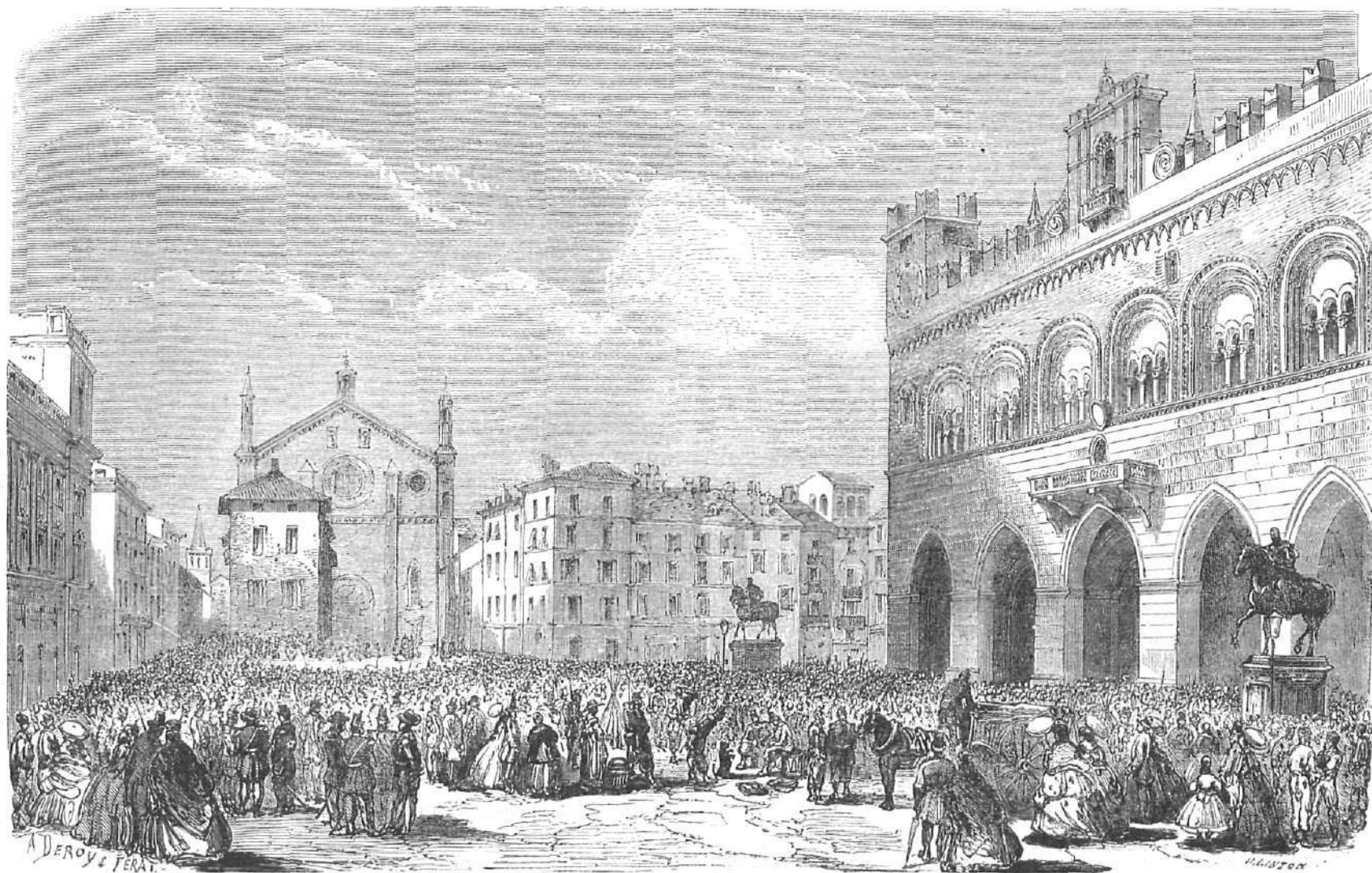
El concurso agrícola ha terminado con una distribución de premios, á la que ha seguido un espléndido banquete con sus correspondientes brindis. El general comandante de la division pronunció un discurso muy notable, segun me dijeron personas que le oyeron de cerca. Orador, y sobre todo poeta, conmovió al auditorio con una relacion felizmente entablada entre el campañero y la bandera, entre el soldado y el aldeano, del mismo hombre en definitiva, que pasa una parte de su vida fecundando la tierra y la otra defendiendo el suelo que ha cultivado.

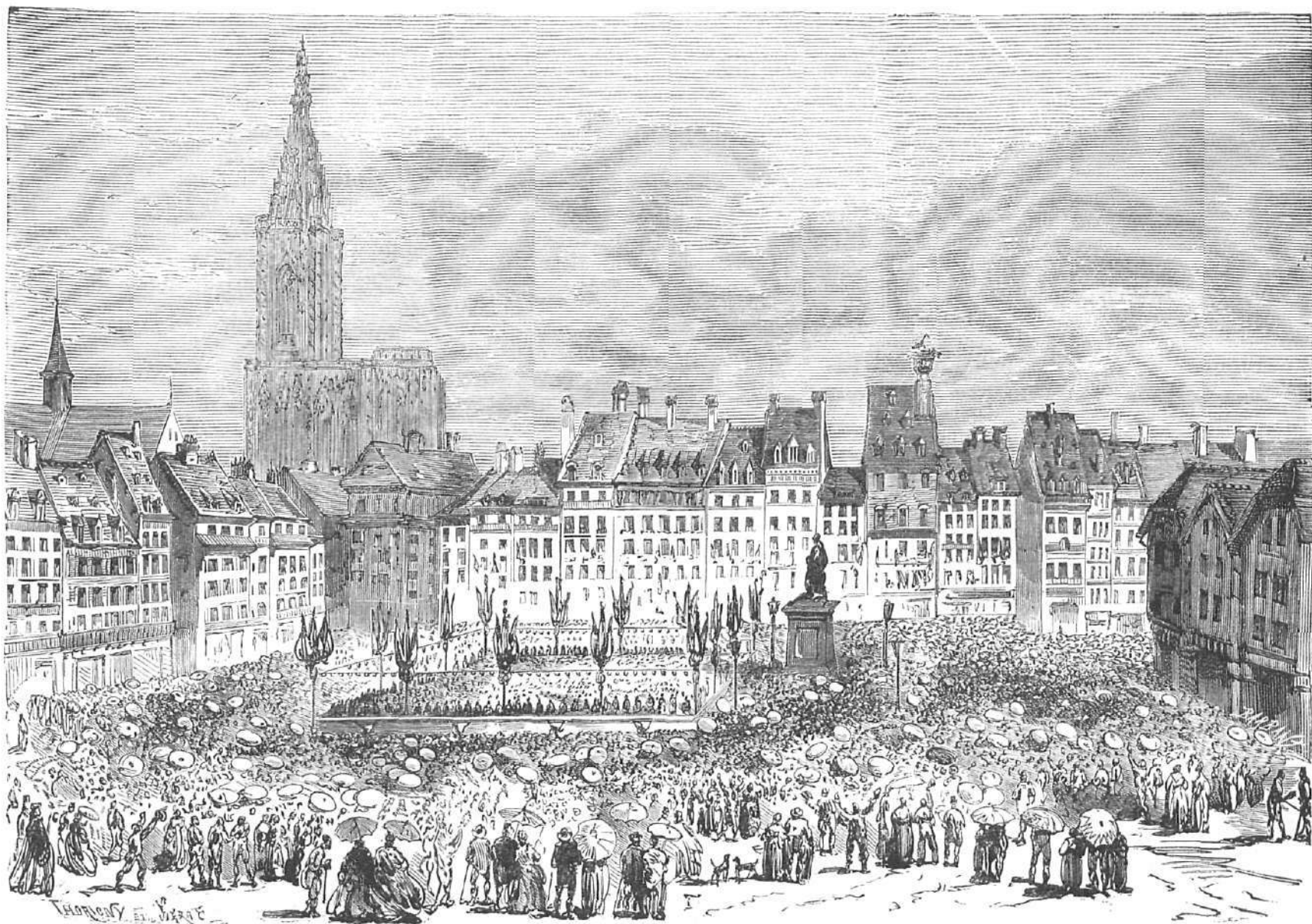
Diré á vds. para terminar, que la ciudad de Strasburgo proyecta fiestas muy espléndidas para recibir al emperador y á la emperatriz, que han prometido una visita para fines de julio. Referiré con mucho gusto á los lectores de EL GLOBO lo que ocurra entonces.

E. B.

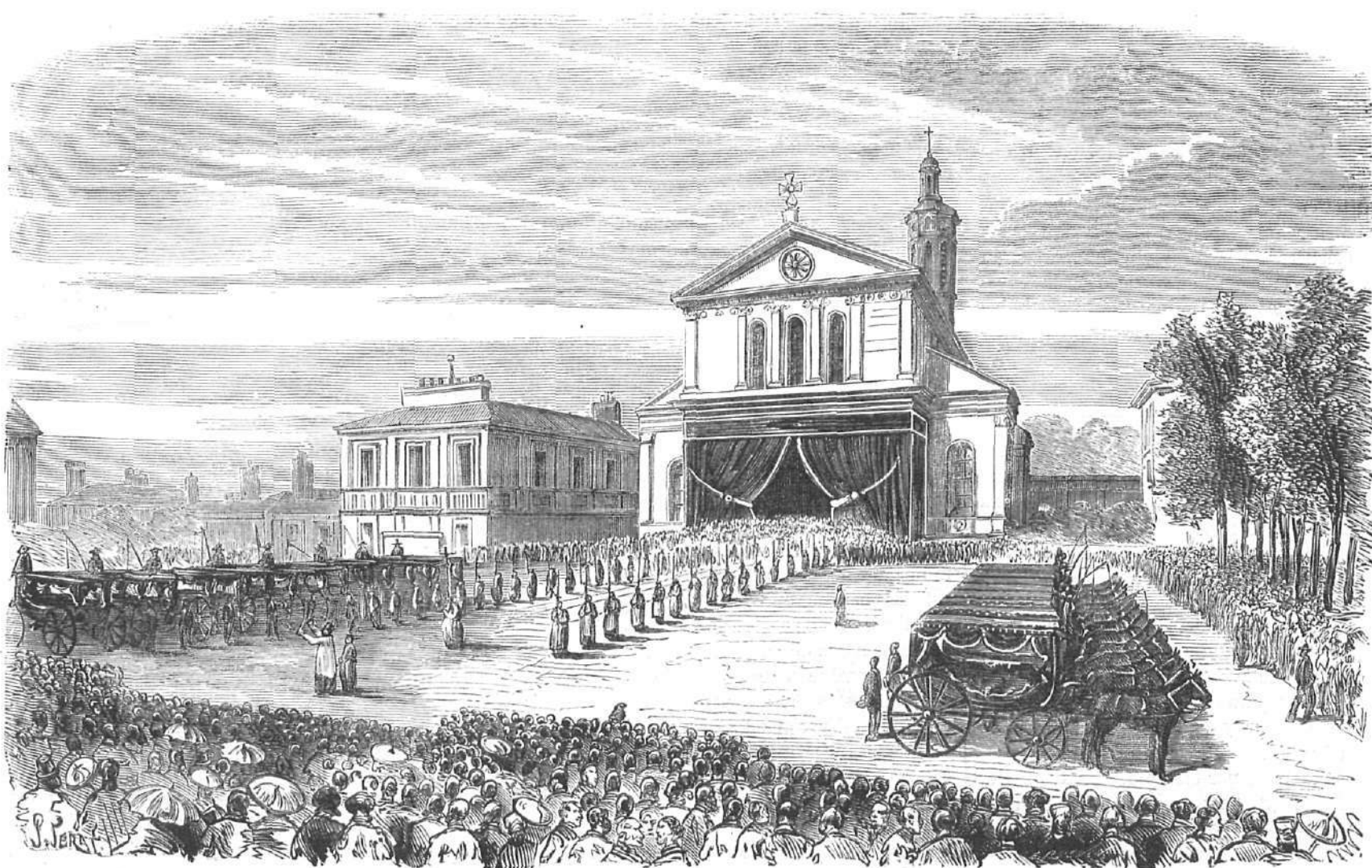
ESPLOSION DE BELLEVILLE.

Todos los periódicos han referido con sus mas terribles pormenores la espantosa catástrofe que





9



10

ha ocurrido el 29 de mayo en la fábrica de Mr. Aubin, foguista de la ciudad de París y del emperador.

Una formidable explosión infundió el espanto en el barrio, haciendo retemblar el suelo y llevando el siniestro hasta Meudon. Cuarenta obreros sepultados en los escombros, un drama horroroso, una escena desgarradora, y lamentable.

Cuerpos mutilados, quemados, calcinados, desconocidos; heridos que surgen del humo implorando socorro; cadáveres á los que falta la cabeza, un brazo, una pierna; restos de miembros y pedazos de carne humana lanzados á cincuenta metros.

Al lado de este desastre, se vieron arranques heroicos; en medio de estas ruinas verificadas en un abrir y cerrar de ojos, religiosos desafiando el peligro, cuidando los heridos y rogando por los muertos.

Se sabe que después de haber sido arrancados de los escombros los cadáveres, se trasladaron al cementerio inmediato.

Allí bajo una tienda, se veían tendidos sobre la paja estos cuerpos informes y en una actitud dolorosa de espanto ó de desesperación, y en derredor trozos de ropas negras casi quemadas.

De tiempo en tiempo se distinguía á través de los cipreses un rostro compungido, cuyo acento dolorido se escuchaba en medio de aquel silencio lúgubre; era el grito de un amigo, de un pariente que venía á reconocer los cadáveres.

El viernes 1.º de junio se celebraron las exéquias de las víctimas en la iglesia de la Villette con la solemnidad de un duelo público. En el trayecto que mediaba desde el cementerio á la iglesia se veía una afluencia enorme, recogida y conmovida.

Una gran tristeza caracterizaba á todo el barrio.

Aquí los compañeros, los vecinos, los amigos de aquellos pobres muertos.

En todas partes caras entristecidas, corazones oprimidos y ojos cubiertos de lágrimas.

Todos pensaban en aquellos desgraciados obreros, tan animados el día antes, tan fuertes y tan robustos, y ahora inertes, dejando á sus pobres familias sumidas en la desolación y en la miseria.

Entre las personas que más se han distinguido en esta terrible circunstancia, citan los periódicos franceses á Mr. Bahout, comisario de policía de la Villette, y á Mr. Blavier, oficial de paz, quienes mandando trasladar los cajones de pólvora de un almacén inmediato, con peligro de sus vidas, evitaron mayores desastres.

Se atribuye esta grande catástrofe á muchas causas; pero se supone generalmente, que la influencia eléctrica de la tormenta que rugía en el momento de la explosión, determinó la combustión espontánea del fulminante que se emplea en la confección de las piezas de fuegos de artificio.

M. V.

EL MATRIMONIO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS

E INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO Y GERMANISMO EN ESTA INSTITUCION.

Dirigiendo una mirada hácia los pueblos antiguos, hallaremos curiosos datos que al mismo tiempo que nos enseñan las diversas solemnidades con que el matrimonio se celebraba, nos indican el carácter de la institución en cada pueblo, y nos dan ocasión para notar cuánto ha mejorado la suerte de la mujer y cuánto ha cambiado de carácter la familia.

Entre los hebreos, por ejemplo, el matrimonio, según dice Henri, tenía el carácter de mero contrato civil y por esto no se celebraba en el templo; sin embargo, el padre de la familia y los asistentes oraban para alcanzar la bendición de Dios.

Los hebreos podían tener varias mujeres, y podían repudiarlas según el artículo 24 del Deuteronomio. El adulterio de la mujer, no solo era causa de divorcio, sino que se prohibía al marido seguir viviendo con ella; rigorismo de principios seguramente notable comparado con la doctrina católica. En algunos pueblos, como entre los asirios, se celebraba anualmente una especie de venta de todas las mujeres casaderas: las hermosas se casaban con el que más dinero ofrecía, y este dinero servía para dotar á las feas; y gracias á este sistema ninguna se quedaba sin casar.

En Lacedemonia el hombre no se casaba hasta los treinta años, y la mujer hasta los veinte: el día de las bodas la mujer se cortaba el cabello á raíz y se vestía de hombre, así como en la isla de Delos el novio se vestía de mujer.

En la isla de Delos las jóvenes ofrecían su cábellerá á Diana y Apolo la víspera de su casamiento.

Los beocios llevaban á la nueva esposa en un carro, cuyo eje era quemado delante de la casa del marido para significar que nunca debía abandonar aquella morada.

Entre los macedonios los novios comían pan cortado con una espada, y entre los gálatas bebían en una misma copa.

Los atenienses solían contraer matrimonio en el mes llamado *gamelion*, que quiere decir casarse, y corresponde á nuestro enero. El matrimonio iba siempre precedido de sacrificios. El esposo se presentaba con una especie de tocado compuesto de higos, dátiles y varias legumbres. La madre de la novia les acompañaba hasta la casa del esposo llevando la antorcha de himeneo. El hermano en Atenas podía casarse con la hermana uterina, según dice Plutarco.

En Esparta había la costumbre de reunir en un cuarto oscuro á todas las jóvenes casaderas, y haciendo entrar en él á un número igual de hombres, cada uno se llevaba por esposa la primera con quien por casualidad tropezaba.

En la mayor parte de los pueblos de Grecia el acto de juntar las manos de los esposos era la principal ceremonia del matrimonio, ceremonia conocida desde la más remota antigüedad y practicada por casi todos los pueblos antiguos y modernos.

En Roma, como es sabido, las nupcias se celebraban por confarreación, por convención y por cohabitación. Los esclavos contraían contubernio y los extranjeros matrimonio. Todas estas eran diversas formas de contraer matrimonio que producía distintos efectos legales. Antes de contraerle se consultaban los auspicios y se hacían sacrificios á Minerva y Juno. El día que se extendía el contrato se daba un banquete, y el esposo ponía un anillo en el último dedo de la mano derecha de su prometida. El día de la boda la novia se peinaba como las vestales, significando así la virginidad que llevaba y la castidad y fidelidad que prometía: en los primeros tiempos, además llevaba en la cabeza una especie de yugo, y de aquí las palabras *conjugium* y *conjuges*. Al dirigirse la comitiva á la casa del marido, un joven llevaba delante la antorcha de Himeneo, y detrás de la novia una mujer llevaba una rueca y un huso, significando así las ocupaciones domésticas que habían de constituir una de las más preciosas virtudes que la mujer había de practicar en el silencio del hogar; costumbre y tradición de la cual todavía quedan restos en algunos pueblos de nuestras provincias Vascongadas, como se observa en el huso y la rueca que gallardamente engalanados se ven figurar en primer término á la cabeza del carro en que la novia traslada su *ajuar* á casa de su futuro. Muy bien comprendieron los romanos, y lo significaron con ese emblema de laboriosidad doméstica, la modesta al par que preciosa y altí-

sima misión de la mujer, cuando por todo elogio decían de las ilustres y virtuosas matronas: «*Domum mansit, lanam fecit.*» En efecto, ¿qué mayor gloria puede apetecer la mujer que la de ver escrito sobre su tumba un epitafio tan sencillo como tierno y elocuente, un epitafio que significa haber llenado bien su alta misión en la tierra, haber hecho la felicidad del hogar que vivificaron con su virtud y alegraron con su cariño, y al volar al cielo dejar en la memoria de sus hijas un modelo de madre que imitar.

Entre los romanos estaba prohibida la poligamia, si bien entre los galos estaba en uso: en este pueblo, cuando un padre quería casar á una hija daba un convite, y al final la hija elegía esposo presentándole un vaso de agua.

Entre los samnitas, según dice Montesquieu, había una costumbre particular: se constituía periódicamente una especie de tribunal ante el cual comparecían todos los jóvenes, y eran juzgados y clasificados según sus virtudes y sus hazañas: el que obtenía el primer lugar tenía derecho de elegir antes que ninguno entre las bellas de la república; el colocado en segundo lugar elegía después del primero, y así los demás; viniendo por este medio á ser la belleza el justo premio de los servicios hechos á la patria, y la gloria y la virtud las únicas riquezas que la mujer exigía al que fuera su esposo.

En China los matrimonios no se arreglan directamente por los interesados, sino por una persona intermediaria que debe apreciar y comparar las cualidades de los contrayentes. El día de la ceremonia la novia es llevada en palanquin con grande aparato en medio del día y con antorchas encendidas: al llegar á la casa del nuevo esposo este sale á recibirla y abre la puerta del palanquin, dándose á veces el caso de no aceptar la esposa que le traen si al verla no le gusta.

Entre los antiguos mejicanos es notable y no deja de tener filosofía la disposición de que, siendo permitido el divorcio, los divorciados tuviesen pena de la vida si se volvían á reunir.

Entre los peruanos se reunían periódicamente en un sitio determinado todos los jóvenes de ambos sexos, y el Inca elegía la esposa de cada cual; y respecto de los reyes Incas había la costumbre de que el heredero del trono se casase con su hermana.

Entre los turcos, por más que el Corán permita cuatro mujeres y un número ilimitado de concubinas; es mucho más frecuente de lo que se cree hallar quien no tiene más que una. Hay además allí un matrimonio especial por tiempo determinado; y existe también la bárbara costumbre de privar de la vida á los recién nacidos varones, hijos de las sultanas hijas del sultán, á pretexto de asegurar la sucesión en los hijos del gran señor.

Estos ligeros apuntes históricos bastan para adivinar lo diverso de cada civilización y de cada pueblo según el distinto carácter que en cada uno de ellos presenta una misma institución; y al mismo tiempo dan motivo para admirar la gran distancia que media entre el matrimonio de los pueblos antiguos, ó apartados de la civilización cristiana, y el matrimonio caracterizado por el sello sacramental que, junto con la unidad y la indisolubilidad, grabó en él la doctrina del Crucificado! ¡unidad é indisolubilidad que hacen agradable la práctica de la virtud! ¡unidad é indisolubilidad que significan el bienestar bajo el punto de vista económico! ¡unidad é indisolubilidad que en el mundo de los afectos es la única manera de acallar al alma en su constante aspiración hácia el infinito!

Antes de que Jesucristo predicase la Buena Nueva, antes de que una raza que por sus hábitos y por su historia trajese virgen el sentimiento de la personalidad humana, y fuese por tanto apta para

fecundizar la semilla cristiana arrojada sobre la degradada y corrompida Roma; antes de que el feudalismo viniese con el *caballerismo* (tan ridiculizado por los que no comprenden la misión que realizó) á rendir culto á la mujer! era imposible que el matrimonio fuese lo que fué despues.

Si; á la venida de los pueblos del Norte, unido á la influencia cristiana, debe su emancipación la mujer, su regeneración la familia.

El suelo romano era infecundo para la semilla cristiana. Los bárbaros por mas que se hallaran en un grado inferior de cultura, vinieron á librar al mundo de la corrupción romana, vinieron á regenerarle.

Como ha dicho un ilustre escritor, cuando una sociedad se corrompe por viciada, no puede volver á levantarse; mientras que las sociedades nuevas aunque sean bárbaras, puestas en contacto con las antiguas se educan y se levantan. Los germanos sabían respetar á la mujer y casi rendían culto á su virtud: se contentaban con una sola; por hermosa y rica que fuese, la que no tenía honestidad no hallaba marido. En Grecia y Roma el hombre no tenía mas que libertad política, la mujer no era tenida por igual al hombre; los germanos aman la libertad antes que nada, y proclaman á la mujer igual al hombre: en los bueyes que el novio da en dote á la prometida, y en los caballos y demás que esta le ofrece, se simboliza la reciprocidad de derechos y obligaciones.

Verdaderamente están ciegos y no ven los que en la venida de los bárbaros ven solo desórdenes y perturbación. Su venida tuvo lugar por lo mismo que suceden todos los grandes hechos en la historia: suceden porque es indispensable que sucedan para que la humanidad realice su destino. El mismo cristianismo no pudo producir sus saludables frutos de una vez, necesita tiempo y condiciones, porque si como dogma es eterno é imperfectible, en su realización histórica, es como todo lo humano, cambiabile y perfectible. Al nacer, la condición que necesitaba para crecer era la venida de los bárbaros. Los que creen que el germanismo nada hizo en bien de la mujer ni en bien de la familia, son los que creen que no hizo nada en bien de nadie. No es extraño; los que piensan que nada bueno trajeron las razas del Norte, son los que rechazan los bienes que trajeron; son los que quieren á la mujer en la esclavitud; son los que levantan entre los hombres barreras que la doctrina cristiana vino á derribar; son los que aspiran á enmendar la obra de Dios cuando pretenden suprimir en el hombre la voluntad que Dios le dió; son, en fin, los que sin otro entusiasmo que el egoísmo, ni fé mas que en sus prosélitos, ponen la religion divina al servicio de miserias humanas.

La mujer fué primero esclava, luego pasó á ser hija de su marido; para ser esposa y madre era preciso que el cristianismo predicase sus derechos, y que los germanos se los otorgaran. Hasta que la mujer fué hermana del hombre en Jesucristo, hasta que pelear y morir por su dama, fué para el caballero tan digno y tan honroso como pelear y morir por su Dios, por su patria ó por su libertad, es claro que la mujer no pudo ser la compañera del marido y la madre de sus hijos.

Pero la elaboración del progreso es lenta y penosa. Ya Modestino en nombre de la ciencia adivinó por intuición y comprendió perfectamente lo que era el matrimonio cuando le definió. *Divini et humani juris communicatio*, dando así de él la mas perfecta idea que puede darse.

Y sin embargo, muchos siglos despues de Modestino, aun hoy mismo, la mayor parte de los códigos y de los juristas, dan del matrimonio una idea bien pobre de puro materialista cuando nos le definen la union del varon y de la hembra para la procreacion. Poco mas que esto suele decirse.

Ha sido preciso esperar á que venga la filosofía moderna para que comprendiéndole de una manera mas perfecta que lo ha hecho el derecho, hayamos podido elevarnos á una mas alta concepción de la noción del matrimonio, veamos en él la asociación del varon y de la hembra en perfecto dualismo armónico para la comunicación de todos los fines humanos. La ciencia ha formulado ya la idea: la ley la sigue de cerca y procura ir la realizando. Todavía, sin embargo, á pesar del largo camino que la mujer lleva andado entre su esclavitud y su emancipación, aun vé su derecho odiosamente restringido en muchos puntos, y aun tiene importantes concesiones que arrancar al derecho civil.

LUIS MIRALLES.

EL CORONEL STODARE.

ACTUALIDAD.

En este momento se habla mucho en Londres de un juego de prestidigitación que sobrepaja á todo lo que se ha visto hasta hoy en este género, y que verdaderamente tiene algo de maravilloso. Nos referimos á un juego, ó á una suerte que se llama *La canasta india del coronel Stodare*.

No puede imaginarse nada mas sorprendente, y los talentos mas ingeniosos, que buscan la solución de este enigma, se ven obligados á confesarse vencidos. He aquí los pormenores que da el coronel Stodare acerca de la manera con que un prestidigitador indio se valió para demostrarle el juego mas famoso de su repertorio:

—*Sahibs*, nos dice el anciano, mé habeis visto poner en un instante á vuestros ojos un niño; ahora voy á hacer que desaparezca de la tierra este niño.

Los espectadores se ordenan formando un círculo y se miran atentamente. Se trajo una cesta, la tomó y encerró en ella completamente á un niño. Hecho esto exclamó el anciano:

—¿La canasta oprime tu cabeza?

La voz del niño respondió desde adentro:

—Sí, casi me aplasta.

—Pues bien, exclamó el anciano, húndete en tierra, lo mas pronto que te sea posible, y no hagas esperar á los espectadores.

Algunos minutos despues el jóven volvió á decir:

—No puedo hundirme pronto, pues hay una piedra muy grande que pone escollos á mi camino.

—Entonces, dijo el mágico, si dentro de dos minutos no desapareces, yo te mataré.

Este diálogo continuó de este modo; el jóven se quejaba y el anciano se ponía cada vez mas irritado, lo que nos hizo decir:

—Dejad salir á ese niño, pues no podreis hacer vuestro juego mientras estemos mirando.

Estas palabras aumentaron su cólera. Comenzó á jurar y á maldecir al niño recalcitrante, y declaró que nunca habia sufrido la humillación de ver inutilizada su suerte. De pronto, antes que pudiésemos adivinar lo que iba á hacer, cogió la lanza acerada de uno de los soldados y la hundió en la canasta, de la cual salieron gritos horribles y la sangre comenzó á correr sobre la arena. Continuó atravesando la canasta de parte á parte; los gritos seguían; la sangre salía á torrentes. Nosotros no sabíamos que hacer, ignorando si la tragedia era verdadera ó simulada. Mandamos á nuestros aiaibs que se apoderaran del anciano, pero ellos demostraron tener tanto miedo, que dos de los espectadores saliendo del círculo se adelantaron hasta llegar al lugar de la terrible escena. El asesino estaba de tal modo ocupado en su obra diabólica que no se cuidaba de nosotros. Mi compañero le cogió por el pescuezo, yo derribé la canasta de un puntapié..... ¡Nadie habia debajo

de ella! Solo la tierra estaba cubierta de sangre. El viejo mágico, luego que mi amigo le hubo soltado, nos dijo:

—Ya lo veis, yo he querido hacer que desaparezca este niño de la tierra; y como no quería obedecerme, le he hecho entrar por fuerza.

Nuestro asombro no tenía límites.

—¿Dónde está, pues, el niño?

—Aquí debajo, dijo el anciano, señalando al suelo; pero va á estar de vuelta dentro de breves momentos.

Y en efecto, oímos á lo lejos la voz del niño que nos gritaba:

—¡Aquí estoy!

Miramos hácia la parte de donde la voz salía y vimos llegar hácia nosotros sano y salvo, aun cuando un poco agitado, al niño que habíamos creído víctima de un cruel asesinato.

Con algunas variaciones inevitables, procede hoy el coronel Stodare; manda á una jóven entrar en la canasta; ella se niega, el coronel finge encolerizarse, y encerrándola por fuerza, atraviesa de parte á parte la cesta con una espada, que los concurrentes han examinado con detención; los gritos de la jóven aterran á los circunstantes; la espada sale de la canasta empapada en sangre; todos creen asistir á un horrible asesinato. El coronel levanta la tapa de la canasta, dentro de la cual no se ve nada, y la jóven aparece despues en un palco entre los espectadores.

La canasta, atravesada de parte á parte, y la espada cubierta de sangre, podrian rigurosamente tener una explicación, pero la desaparición de la jóven es lo que nos parece inexplicable y maravilloso, pues la cesta aparece colocada sobre cuatro piés que dejan un grande espacio debajo, encima y por los lados. La canasta además está colocada en el centro del salón.

Las sesiones del coronel Stodare, y sobre todo, este juego de extraordinario escamoteo, atrae todas las noches un concurso inmenso de espectadores á su teatro de los Misterios, *Theatre of Mystery*, O'Egyptian Hall (Piccadilly). El coronel ha aparecido en Winsor, delante de la reina, y dos veces delante de los príncipes de Gales, y ha asombrado lo mismo á la corte que á la ciudad con las maravillas de suerte tan misteriosa.

E. BARRERAS.

EL CABALLO CEYLON

QUE HA GANADO EL PREMIO DE CIENTO MIL FRANCOSES DE LA CIUDAD DE PARÍS.

El caballo *Ceylon*, que acaba de ganar en las carreras de Bolonia el premio de cien mil francos de la ciudad de París, así como el objeto de arte ofrecido por S. M. el emperador, pertenece al duque de Beaufort, de Londres, y cuya familia, como muchas grandes familias de Inglaterra, es originaria de Francia.

Ceylon (ex-Saucy-Bog), es un caballo oscuro, que nació el año de 1863, de *Idle-Bog* y *Pearl*. El jockey que le montaba se llama Cannon; el que le asiste y educa se llama John Day.

El dibujo que damos de este animal se ha ejecutado con presencia de una fotografía de monsieur Delton, uno de los fotógrafos mas acreditados de París, que al siguiente día de la carrera, fué llamado por Mr. de Beaufort para sacar la imagen del caballo que estará de moda en Francia y en Inglaterra durante el período de un año entero.

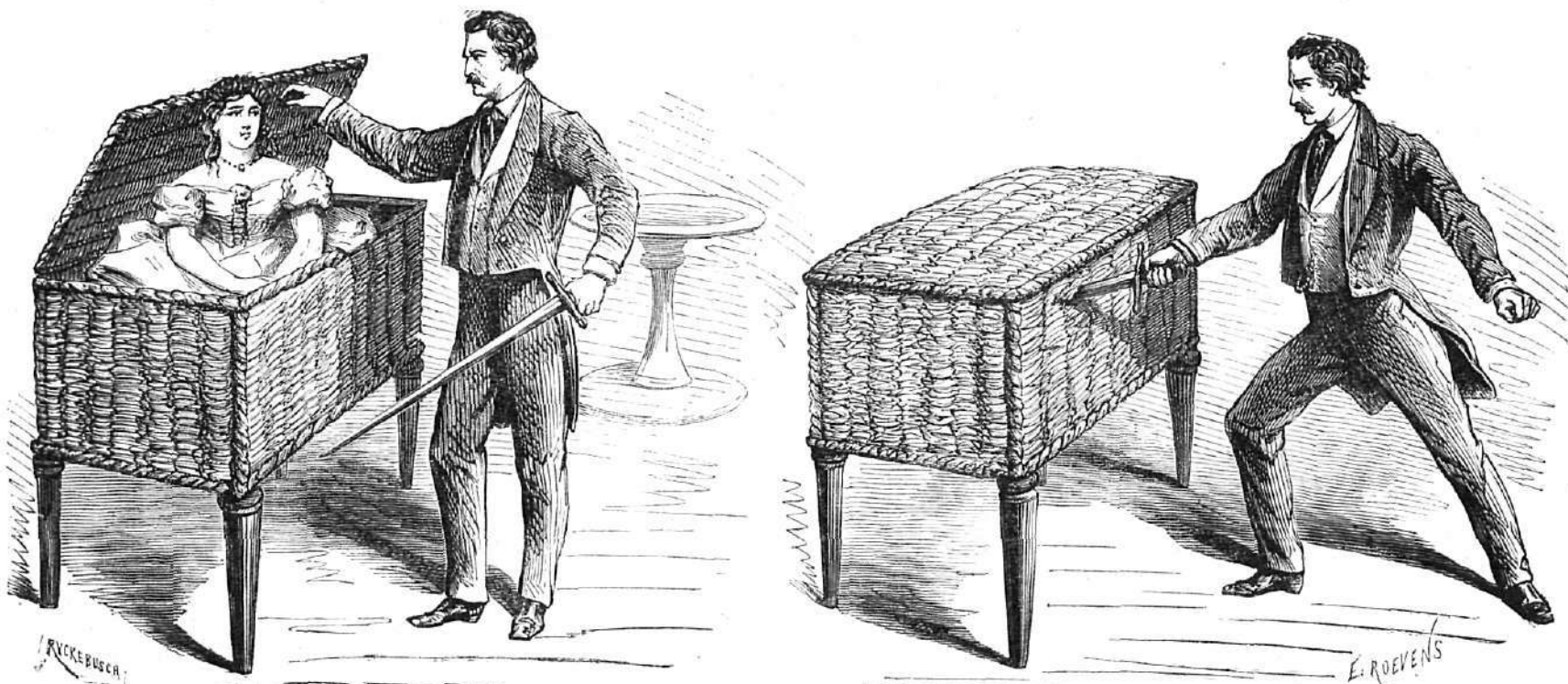
V. M.

EDITOR RESPONSABLE; DON DIGNISIO CHAULIÉ.

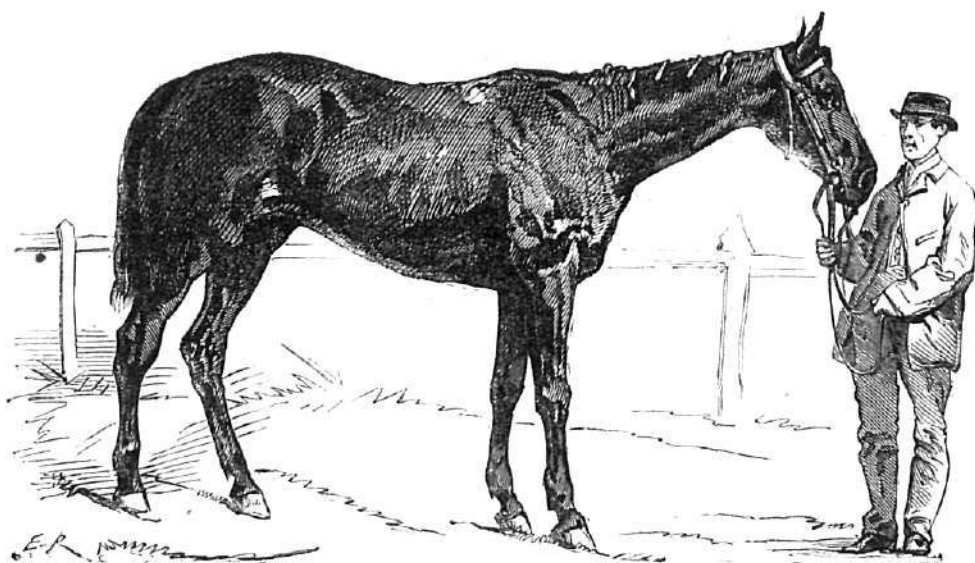
IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

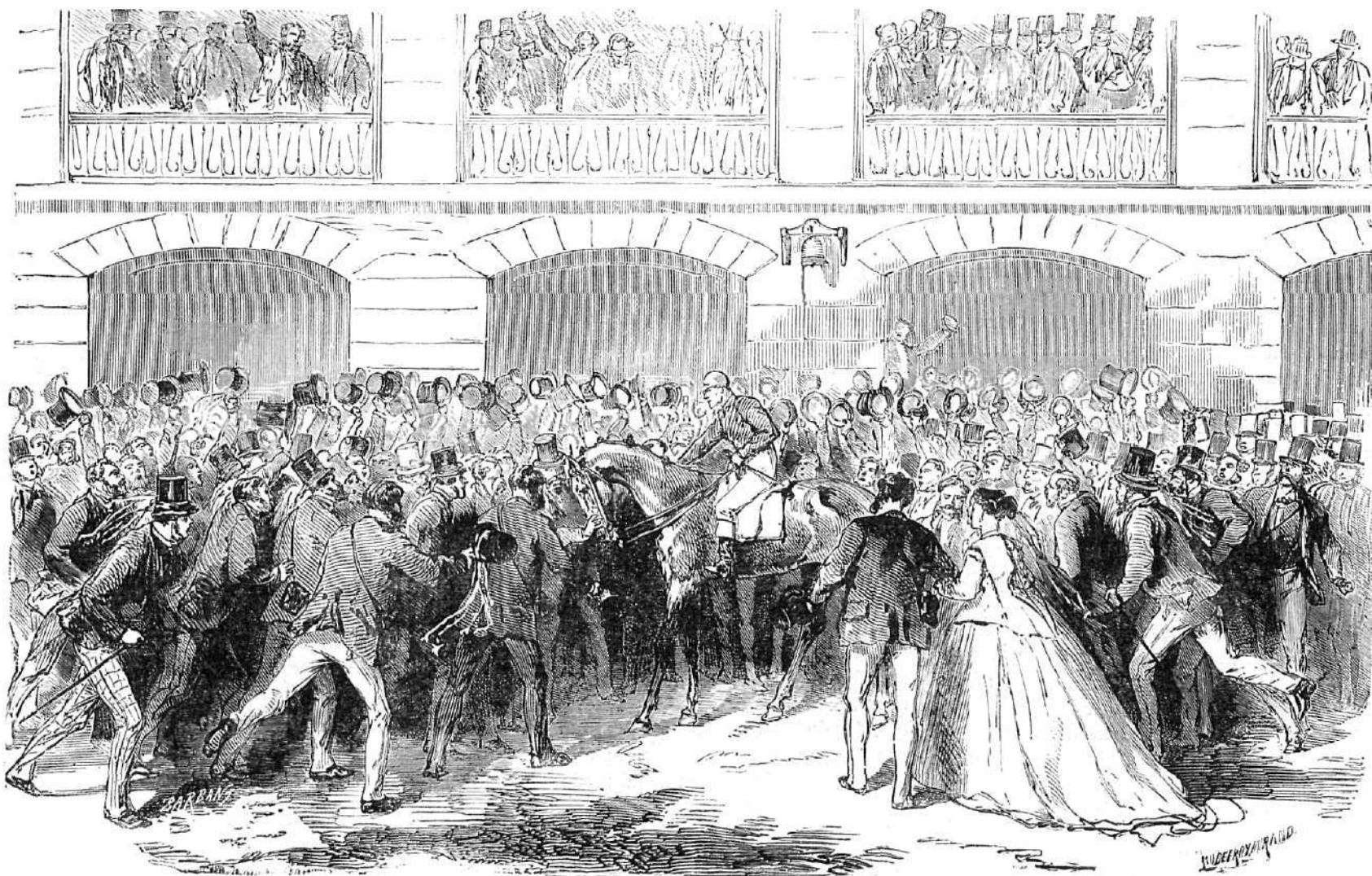
Costanilla de Santa Teresa, num. 3.—Madrid.—1866.



11



12



13